

La Esfera

Año IV ◊ Núm. 186



ZAMORA

*Pongo á tus pies de nieve
mi manta zamorana,
la de flecos graciosos,
igual que la descrita en las estancias
del poema inmortal, «El tren expreso»,
encanto de solteras y casadas.
Convierte sus madroños en alfombra
y pon en ellos tus divinas plantas,
floridas como nardos...
Será cual si pisaras
las rosas de un rosal, pues los perfuma
con su rica fragancia
de reinas y princesas
el famoso Jabón Heno de Pravia.*


PARA EL CUTIS

"Nieve" ("Hazeline" Snow) TRADE MARK

(Marca de Fábrica)

'Hazeline'

Hermoseador refinado para las señoras elegantes.
¿Lo ha ensayado Ud.?

En todas las Farmacias y Droguerías  Burroughs Wellcome y Cía. Londres

Las señoras que prefieran una preparación grasienta deberán obtener la Crema 'Hazeline'

All Rights Reserved

1307 P. S.



PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun, 25 años de éxito mundial es el mejor reclamo, 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso, Martín Durán. HABANA, Sarrá. VIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortíz. MANAGUA, Guerrero. GUATEMALA, Sierra. Zaragoza, Jordán. Valencia, Cuesta. Granada, Ocaña. San Sebastián, Tornero. Murcia, Seiquer. Vigo, Sádaba. Jerez, González. Santander Sotorrio. Sevilla, Espinar. Bilbao, Barandiarán. Las Palmas, Lleó. Mallorca, «Centro Farmacéutico». Coruña, Sánchez. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



VAJILLAS, PLATA DE LEY,
Objetos para regalos, todo lo concerniente a platería y joyería, la Casa que mejores artículos y más barato vende en España es la «**PÉREZ HERMANOS**». Zaragoza, 9, y Fresa, 2. Teléf. 2.449. Apd. 612. Madrid.

En la ESCUELA

BERLITZ

no os enseñaremos más que idiomas, pero os los enseñaremos

:-: :-: bien :-: :-:

PRECIADOS, 9

RAMOS Especialidad en bisoños de caballero y pelucas. Premiado con diplomas de grandes premios y medallas de oro.

 Huertas, 7, Madrid

AGENCIA HAVAS
Sucursal en España:
9, PRECIADOS, 9
Anuncios nacionales y extranjeros. Combinaciones de publicidad en toda la Prensa. Presupuestos gratis. Pidanse tarifas.
Teléfono 38.69.-MADRID

USE Ud
la
Magnesia
Efervescente
DEL
Dr. Frigo
QUE ES
LA MAS
ACREDITADA
DE ESPAÑA

CALZADOS AMERICANOS

Importados directamente de los Estados Unidos

PARA CABALLERO
MARCA
PAKARD



PARA SEÑORA
MARCA
DOROTHY DODD

Agencia y depósito exclusivo para España:

LA IMPERIAL

MADRID □ BILBAO □ SAN SEBASTIÁN □ LEÓN

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.



FOSFATINA

FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños y para las personas de estómago delicado, como los convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y desconfiase de las imitaciones. Preparado este alimento en una fábrica modelo y conforme a procedimientos científicos, es *inimitable*.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

La Esfera

21 Julio 1917

Año IV.—Núm. 186

ILUSTRACION MUNDIAL



BIENÉO DE
BIBLIOTECA
MADRID

CAMARA FOTO

ENTRE NARANJOS, cuadro de Rigoberto Soler, que figuró en la reciente Exposición Nacional

DE LA VIDA QUE PASA
LO QUE FALTA A LA CORTE



El "Teatro de la Naturaleza", erigido recientemente en un parque de Washington, durante la representación de una tragedia griega

La pobreza de la iniciativa industrial madrileña es manifiesta. Aquí sólo existe un bello espíritu de catirinos. Se imita lo que alguien crea, imitando, á su vez, siempre bajo la presión de la mezquindad económica. Pero nadie lanza la idea nueva, original, detonante, engendradora de otras disimilares en la forma, aunque convergentes á un fin único: ganar dinero á cambio de un placer ó una utilidad.

Recuérdese lo ocurrido con los *bars*, misérrima parodia de la cervecería americana ó anglo-sajona. Se estableció un *bar*, pues surgieron doscientos, todos cortados por el mismo patrón; ninguno sorprendente por lo vasto de su recinto, la suntuosidad del decorado ó la variedad de su surtido, más propio de *tasca* ó de colmadillo que de sala de degustación de manjares ó bebidas poco banales. Pedid una botella de cerveza de buena marca, alemana ó inglesa, ó un pedazo de caviar ruso ó un trozo de buena chacina de Westfalia, y causaréis el asombro de los encargados del servicio. En nuestros *bars* no se conoce sino dos ó tres clases de cerveza, de fabricación madrileña ó andaluza, ni apenas más condumio apetecible que los correosos bocadillos, de sospechoso relleno porcino. Y así seguirán las cervecerías madrileñas hasta la extinción de la exótica costumbre del *bar*, prolongación de la españolísima del café.

Otro tanto pudiera decirse de los teatros veraniegos y del género de espectáculo en ellos cultivado. Madrid cuenta con varios parques de recreos (?), y si se excluye

de la censura el del Retiro, donde la belleza del lugar exculpa lo menguado del espectáculo, ninguno de ellos es digno de la corte de España ni presenta atractivos que, además de interesar al público, le eduquen. O el sonzo, inaguantable, género de variedades, eternamente invariables, ó la zarzuela chica, presentada en escenarios sin ninguna de las condiciones exigidas por esa forma de arte dramático y con cuadros de personal de una mediocridad lamentable.

En cambio, Madrid carece de lo que ya tiene Barcelona hace mucho tiempo, constituyendo dos magníficas notas de cultura y de evidente anhelo de progreso. Es una, el soberbio *Turó-Park*, espléndido concurso de recreos de todo género y, al mismo tiempo, encantador vergel

en donde la música popular y la danza tienen adecuado templo. La otra es el *Teatro de la Naturaleza*, creado por un grupo de artistas en las proximidades de la urbe, entre la montaña y el mar, los dos grandes dispensadores de salud y de fuerza.

Y, sin embargo, Madrid está hoy admirablemente acondicionado para poseer un parque análogo al *Turó* barcelonés y un *Teatro de la Naturaleza* destinado á la presentación al aire libre, y en pleno bosque, de grandes espectáculos mímicos y coreográficos ó á la audición de masas corales é instrumentales, celebración de torneos poéticos, juegos florales, fiestas gimnásticas, etc.

Piénsese cuán bello escenario ofrecerían á una institución de ese elevado rango artístico, los hermosos bosques de la Moncloa, de la Florida, del Parque del Retiro ó del Parque del Oeste. Y luego de pensado por nuestros industriales explotadores de los actuales paupérrimos recreos de verano madrileños, deberían decidirse, ya que no haya de esperarse de ellos el hallazgo de un espectáculo inusitado, ameno y francamente cultural, á imitar esas dos adaptaciones de beneficiosas ideas extranjeras realizadas por el genio comercial catalán en la progresiva Barcelona.

Y si los industriales madrileños no recogiesen esta indicación, ahí tiene el «Fomento del Turismo» un asunto á estudiar y á poner en práctica para el próximo verano.



Alumnos de la célebre bailarina Isadora Duncan, durante una fiesta coreográfica celebrada en el recién inaugurado "Teatro de la Naturaleza", de Washington

UN PASEANTE EN CORTE



El desquite de Pedro Crespo



NUNCA el «estado llano» había conocido una apoteosis como la que hoy le rinden en todos los países del mundo. Endiosada la clase militar, representativa durante tantos siglos de la casta elegida, por ser la que escribía con las armas la historia de los pueblos, y adueñada la abogacía de los más altos cargos, por mostrarse más hábil en el vano torneo de palabras, que decide de su vida interior; olvidados los investigadores de la ciencia pura en sus laboratorios y los médicos mismos en sus clínicas, sin obtener siquiera la atención que lograban con la mágica luz de la Belleza los artistas legítimos y con los oropeles del reclamo la turba de arrivistas y de aventureros, las clases productoras, las que calladamente tejían cada día sus esfuerzos para dar vida real á esas decoraciones de la sociedad vieja, fueron por mucho tiempo signo de servidumbre y de inferioridad.

La Agricultura y la Minería, que ofrecen los primeros elementos; la Industria, que los transforma en recursos de vida y de trabajo, y el Comercio, que lleva su intercambio á todos los países, realizando el equilibrio entre la producción y el consumo mundial, iban fortaleciéndose, no obstante, en la paz de los campos y en el apartamiento de las fábricas sin disputar la gloria á los guerreros, el poder á los nobles, ni los fáciles triunfos ciudadanos á los profesionales de la exhibición, en sus múltiples formas. Nadie vió una potencia, la potencia que había de avasallar al mundo, por ser la única activa, en el estado llano, tan paciente y estoico, aun cuando siglos antes había ya enunciado una amenaza por boca de su apóstol Pedro Crespo:

... Que no habría un capitán
si no hubiera un labrador.

Como no existiría un poderoso que dictara leyes si no hubiera un villano que elevara su casa, como tampoco habría preseas si no hubiera marinos que trajesen el oro de allende los mares.

Y he ahí que esta clase, el mismo estado llano que Calderón legara en su poema, erguido sobre el surco castellano, frente al poder guerrero, á la tradición y á la misma realeza, se ha convertido en dueño, en árbitro absoluto de la vida social, desposando, primero, sus herederos ricos con las más nobles ramas exhaustas de fortuna, empeñando, en su lucha de intereses, el honor de las armas, y conquistando, en fin, el ansia de los pueblos, que ahora vuelven sus ojos á los campos, á los talleres y al tráfico mercanté, esperando todo del pobre estado llano, que, colectivamente, no conoce la fe ni cree en la gloria, que solamente sabe aprender y crear, recibir materia y producir cosas, cuya ciencia, tan baja, le ha bastado, no obstante, para hacer de su crisis la crisis del mundo.

Esta era la sorpresa que nos guardaba la gran conflagración, hablada tanto tiempo y, sin embargo, tan lejos de preverse en todos sus problemas. Quizá fuera por esto por lo que en esas cábalas guerreras de que aparece llena la literatura de los últimos lustros, se medía la fuerza militar en cañones, en pólvora y en balas, sin que se requiriese la voz de los labriegos y de los industriales, á los que apenas si se concedía el valor de sus brazos en una fila de hombres combatientes, sin saber que era en ellos donde estaba el secreto del triunfo.

Hasta que un día, al fin, empeñada la guerra y obsesionado el mundo con los fantasmas del porvenir incierto, hay un primer ministro, cabalmente el del pueblo que ha deificado la nobleza y el poder militar, que al presentarse ante su Parlamento, antes de hablar de triunfos y de batallas, busca el primer aplauso diciendo que este año las cosechas han sido inmejorables, y que la industria puede aún multiplicar su esfuerzo.



El eminente actor Enrique Borrás, en el "Pedro Crespo" de "El alcalde de Zalamea"

¡ Oh, ese aplauso tardío, que ha sido el homenaje al Pedro Crespo de todos los países, al siervo que trabaja y que produce siempre para vivir él, pero, á la vez, para que vivan su vida artificial todos los servidores de esos ídolos bellos, tan bellos como falsos, que se llaman Poesía, Epopeya, Poder...; esa consagración del humilde ensalzado, que es la trama invisible de todas las ficciones, de todos los orgullos y todas las virtudes ancestrales!

Encuadrado en el marco del poema, sobre un jirón de tierra fecundada, y al fondo la columna de humo que eleva al cielo la fragua del lugar, Pedro Crespo sonríe sin orgullo, como triunfan los buenos, porque ha visto el prodigio de que un día florezcan en su vara, tal que los fueros del honor villano, la exaltación de las vidas sencillas y fecundas.

RICARDO DONOSO CORTÉS



"Los almendros de Mallorca", cuadro de Juan Fuster Bonin, que figuró en la reciente Exposición Nacional

DEMASIADO PRONTO...

SUCEDIÓ que recorrimos en tren la costa mediterránea, de Valencia á Barcelona, en los primeros días del año. Sabido es cómo el convoy marcha al borde del agua, sin duda por respeto á los jardines que llegan hasta donde mueren las olas. Ruta amena en que los árboles y el mar se disputan la preferencia de nuestro entusiasmo. A pesar del ferrocarril, creeríase que peregrinábamos en los claros días helénicos.

Al cabo de unas pocas horas, se entristeció de repente el paisaje. Ya no había los huertos de naranjos, ni los pinares, ni los cipreses, cuya melancolía se aliviaba con un vuelo de palomas en torno á la caperuza frailuna. Ahora, en las suaves colinas bermejas, se alinean los viñedos retorcidos y secos, y surgen crestas y acantilados pizarrosos, y á intervalos una humilde vivienda, ó un rebaño amarillento y terroso bajo el sol desmayado, exangüe...

En esto los campos endurecidos por el frío, adustos en su desnudez, se llenaban con unas rondas flotantes de nubecillas sonrosadas. Y como la marcha del convoy hace que todo gire alrededor del viajero, las guirnaldas aéreas parecían moverse y ordenarse como las bailarinas en los antiguos *ballets* de ópera. Ya adivinasteis de seguro que caminamos entre almendros en flor. Contrastaba con la hosquedad del terruño amordazado por las heladas, la frívola ligereza del cuerpo de baile supuesto por nosotros. Se recortaba con demasiada crudeza el bosquecillo floral. No redimía de su desolación á la comarca, y, antes al contrario, la profanaba como con un sarcasmo.

Los almendros compensan al invierno de su

traición primaveral, de su travesura de florecer prematuramente, envolviendo después la diminuta hoja de marfil en aquel cascarón de madera, dándonos así el leño que nos escamoteara en la época de las arboledas esqueléticas.

De ahí se desprende otro símbolo que añadir á la ya larga serie de los que hay en las ramas que llamaríamos mariposeantes.

La juventud, en los dos sexos, que por privilegio de belleza, dinero ó genio, en la edad de privaciones y lucha para la mayoría de los mortales, resplandece con el triunfo que no se ganó ó que se ha adelantado, suele hallar en la madurez la fatiga y el hastío. Y menos mal si tenemos en el epílogo un puñado de reliquias en sus estuches, las almitas blancas en su cápsula.

A veces tropezamos en la vida con alguien que ríe siempre y arrastra con sus carcajadas un cortejo de apasionados y devotos suyos. En seguida se nos ocurre pensar en la melancolía de su senectud, cuando, agotadas las fuentes del regocijo, abandona al falso ídolo el coro de sus alucinados partidarios.

¿Sabéis de un drama mayor que el de haber sido constantemente amado por las mujeres? Llega un día en que vosotros no sentís la vejez; pero nadie deja de descubrirla en vuestro rostro. En adelante, si queréis que persista el halago femenino en torno á la propia vanidad, necesitaréis cotizarlo y comprarlo, y para colmo de desdicha, alrededor del caído desfilan los que ayer parecían desheredados, y que, en virtud de una labor heroica de sumisión y mansedumbre sentimental, lograron afianzarse en el cariño de una sola mujer, que ya no se

apartará nunca del lado de su antiguo siervo, convertido en amo...

Y, como en las que el poeta calificaba de glorias ciertas del amor, acontece también en cuantas bienandanzas se posan caprichosamente en los hombros de los elegidos. Por ejemplo: el doncel dueño de inmensas riquezas que le legaron sus progenitores, al cual le está negado el voluptuoso tormento de la curiosidad. Y los artistas precoces que mueren en vida. Y el héroe popular que de repente se eclipsa, como los lidiadores de reses bravas. Ante el espectáculo casi ofensivo de los afortunados sin causa que justifique su señorío despótico y temerario de la tierra, no hayáis celos rabiosos, ni la envidia sañuda, sino un compasivo sentimiento, ya que, sin ser responsables de sus felicidades, sufrirán arbitrariamente la penitencia de una gran soledad.

No se pueden burlar las leyes naturales. La mariposa-flor termina transformándose en madera. ¿Por qué mostrar una alegría y una sensualidad insultantes en la aridez y en la pureza del mundo aterido y que paralizó su creación de esplendores?

No se pueden burlar las leyes naturales. Esperamos que un sabio descubrirá de pronto la razón de la sinrazón de que los almendros se adornen con sus tenues guirnaldas, mientras permanecen negros y secos hasta los rosales y las clavellinas. Sin duda el fenómeno se debe á alguna desgraciada aventura, como la que hizo brotar del cuerpo de una ninfa perseguida el primer laurel...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



ADELINA, LA BLONDA

Adelina, la blonda,
tiene unos ojos claros;
unos ojos de onda.
Ojos de puro cielo
de un fulgor azulino.
¡Oh, encanto de lo humano
que evoca lo divino!

ooo

Adelina, la blonda,
tiene una boca fresca,
como la que á Paolo
brindábale Francesca.
Boca todo frescura,
que, sin embargo, quema.
¡Oh, encanto de unos labios
que evocan un poema!

ooo

Adelina, la blonda,
tiene manos de nardo;
¡como aquellas divinas

que pintara Leonardo!
¿Vieron de Monna Lisa
las manos ideales?
Sólo las tiene iguales
Adelina, la blonda.
¡Oh, encanto de unas manos
que evocan la *Gioconda!*

ooo

Adelina, la blonda,
tiene un aire gentil.
Y es su cuello lo mismo
que torre de marfil.
Y sus senos gentiles
dos cúpulas semejan
de nevados marfiles.
Y sus piernas airosas
parecen dos columnas
de mármol... ¡Milagrosas
columnas florecientes,
finas y transparentes,

del color de la miel!
Y sedeña es su piel
cálida de semita,
¡que Salomón creyera
la de la Sulamita!
¿Y sus otros encantos...?
¡Oh, encantos singulares
que evocan el sublime
Cantar de los cantares...!

ooo

Adelina, la blonda,
corona su belleza
con la dorada fronda
de unos rizos cabellos,
cuyos áureos destellos,
nimbando su cabeza,
la invisten de un augusto
prestigio de realeza.
Cabellera esplendente,
como la que ofrendara

la amante Berenice,
de Venus ante el ara,
con fervoroso ardor...
¡Oh, encanto seductor
de unas crenchas de oro
que evocan tanto amor!

ooo

¡Oh, Adelina, la blonda!
La de los ojos claros
con fulgores de onda.
Tú, que sabes mi anhelo
de gozar en la tierra
las delicias del cielo,
comprenderás que sólo
adorarte es mi sino.
Pues amando lo humano...
¡gozo de lo divino!...

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

DIBUJO DE OCHOA

DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO IMPORTANTÍSIMO
EL ABRIGO PREHISTÓRICO DE TÍRIG.--UNA POBLACIÓN IBERA

HACE poco tiempo, se ha descubierto en un pueblecito de la provincia de Castellón, llamado Tírig, una verdadera estación prehistórica, de tal importancia, que seguramente su nombre adquirirá pronto fama universal, y los sabios de todos los países habrán de estudiarla y á ella referirse en sus investigaciones históricas. El descubrimiento es sin disputa sensacional, y trae ya atareadísimos y preocupados á todos nuestros arqueólogos, historiadores y geólogos. La Academia de la Historia, el Centro de Estudios Históricos y otras corporaciones científicas de Madrid y de Barcelona, han enviado delegados que estudien sobre el terreno los hallazgos y den nueva luz acerca de tan interesante cuestión. Se trata del descubrimiento de numerosas

pinturas rupestres, que adornan las paredes de las cuevas encontradas, y además de objetos de cerámica, utensilios, fósiles, túmulos, etc., etc., figurando entre ellos un cráneo humano. Siguen realizándose trabajos de excavación y encontrándose nuevas muestras prehistóricas, por lo que empieza á sospecharse que estamos en presencia de una población ibérica de aquellas asentadas en la costa mediterránea y de las que hasta hace muy poco tiempo no había siquiera vestigios. Puede calcularse, pues, la enorme trascendencia del descubrimiento. Pero vayamos por partes antes de explicar el hallazgo.

Y digamos á los lectores que lo ignoren, que se llama *arte rupestre* y *pinturas rupestres* á las manifestaciones artísticas de las remotas edades prehistóricas que se encuentran en cavernas y sepulcros, principalmente dibujos y grabados. Hoy ya es corriente en los libros de arte y de geología hablar de pinturas rupestres; pero al principio de lanzarse esta palabra, fué rechazada y combatida la teoría que la sustentaba, debiéndose su origen á un español, un santande-

rino, casi ignorado de sus compatriotas, pero estimado en el Extranjero, D. Marcelino de Sautuola, natural de Santillana del Mar, quien pasó los mejores años de su vida dedicado por entero á explorar las cuevas de Camargo y Altamira, y á difundir en publicaciones y diversas revistas el fruto de sus investigaciones. Al principio no se dió crédito á la autenticidad de tales dibujos; pero años más tarde, descubiertos otros grabados y pinturas en distintas comarcas extranjeras por Rivière y otros geólogos, no dejaron lugar á dudas, y el famoso Cartailhac publicó en 1902 su obra *Mea culpa d'un sceptique*, en la que confiesa su error al contradecir á nuestro compatriota, y se declara desde aquel punto entusiasta defensor de sus opiniones.

España ha sido hasta ahora el país en el que más pinturas rupestres se han descubierto, sobre todo en la región cantábrica; en Inglaterra sólo se conoce una caverna y otra en Italia, cerca de Romanelli.

Los historiadores y arqueólogos no se hallan de acuerdo acerca de la significación de estas pinturas. Unos opinan que esas cavernas eran templos de las tribus de cazadores, y, por lo tanto, las figuras de animales serían como imágenes ofrecidas á las divinidades que anidaban en las oquedades pavorosas de las cavernas. Otros las consideran como señales del totemismo ó religión de la magia que profesasen los hombres primitivos, y, por lo tanto, conjuros contra las bestias feroces.

Y hechas estas notas preliminares, hablaremos del descubrimiento de Tírig.

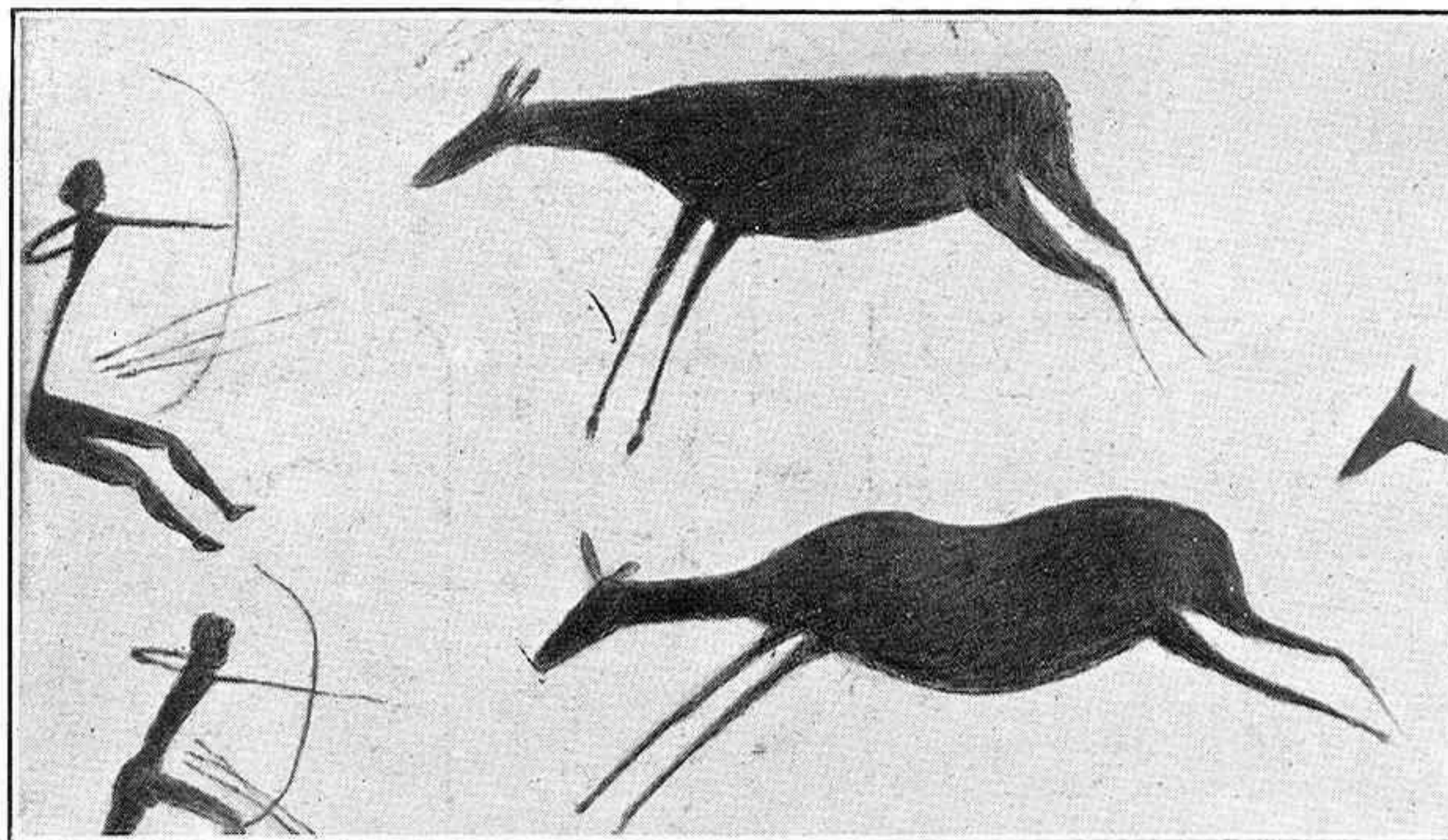
Tírig es un pintoresco pueblo situado en la bravía comarca del Maestrazgo, que hizo célebre el cabecilla Cabrera en la guerra civil. Todo el terreno es abrupto, de profundos acantilados y enormes torrenteras. Dos personas cultísimas, enamoradas de todo lo que signifique arte y ciencia, D. Francisco Polo, y D. Anttimo Boscá, catedrático éste del Instituto de Castellón, hacían frecuentes excursiones por aquellos alrededores, no sólo para admirar el hermoso paisaje, sino también en busca de emociones artísticas, pues en toda la comarca abundan los vestigios romanos, monumentos medioevales, magníficos retablos, un verdadero tesoro de arte ignorado y por explotar. En una de estas excursiones se aventuraron á penetrar por entre los ingentes noguedales del barranco de Vallarta, y puede figurarse el lector la sorpresa de los audaces exploradores, cuando después de peligrosísimas ascensiones, escalaron un acantilado de enorme altura (unos ochenta metros), á cuyo borde está la entrada de la cueva, y se encontraron frente á los extraños dibujos. Percatados de la importancia que tenía, hicieron sucesivas visitas, acompañados del doctor alemán Obenmaier, erudito en la materia, que llegó de Madrid expresamente para estudiar dichos dibujos. Se han realizado trabajos de excavación y de exploración por aquellos contornos con feliz resultado, pues siguen descubriéndose no sólo pinturas en

las paredes de las cuevas, sino además varios monumentos megalíticos, fósiles de huesos de animales y un cráneo humano. Pasa de setenta el número de dibujos que adornan las paredes, representando casi todos escenas de caza ó de guerra, abundando las figuras de bisontes, ciervos y renos; por lo que las gentes de la comarca han bautizado á esa caverna con el nombre de Cueva de los Caballos. Otros dibujos, como puede verse por las adjuntas fotografías, representan á guerreros armados de arcs y flechas que disparan contra imaginarios enemigos ó que tratan de detener la carrera loca de un ciervo, ó la embestida de un bisonte. Es digno de notarse la finura de perfiles en los dibujos de animales, y en cambio la rudimentaria y tosca forma que afectan las

reproducciones humanas. Precisamente uno de los méritos de la Cueva de los Caballos es la abundancia de figuras humanas, cosa que no se había encontrado en ninguna otra caverna. Según los eruditos, este arte rupestre fué exclusivo de la Europa occidental, del mediodía de Francia y del levante y norte de España; es decir, de las regiones pobladas por los antiguos iberos en el periodo de transición ó mesolítico, según los geólogos; tiempos milenarios que algunos hacen ascender á noventa y hasta ciento veinte siglos. Mi excelente amigo el culto catedrático de Historia Natural del Instituto de Castellón Sr. Boscá, principal descubridor de este abrigo prehistórico, como queda dicho, asegura que el terreno en que está enclavada la caverna es de la edad mesozoica, abundante todo él en creta y caliza.

Tal es, á grandes rasgos, el importante descubrimiento arqueológico de Tírig. Por él podremos avanzar en los conocimientos de aquella época paleolítica, del hombre cuaternario y, sobre todo, de la vida de los iberos.

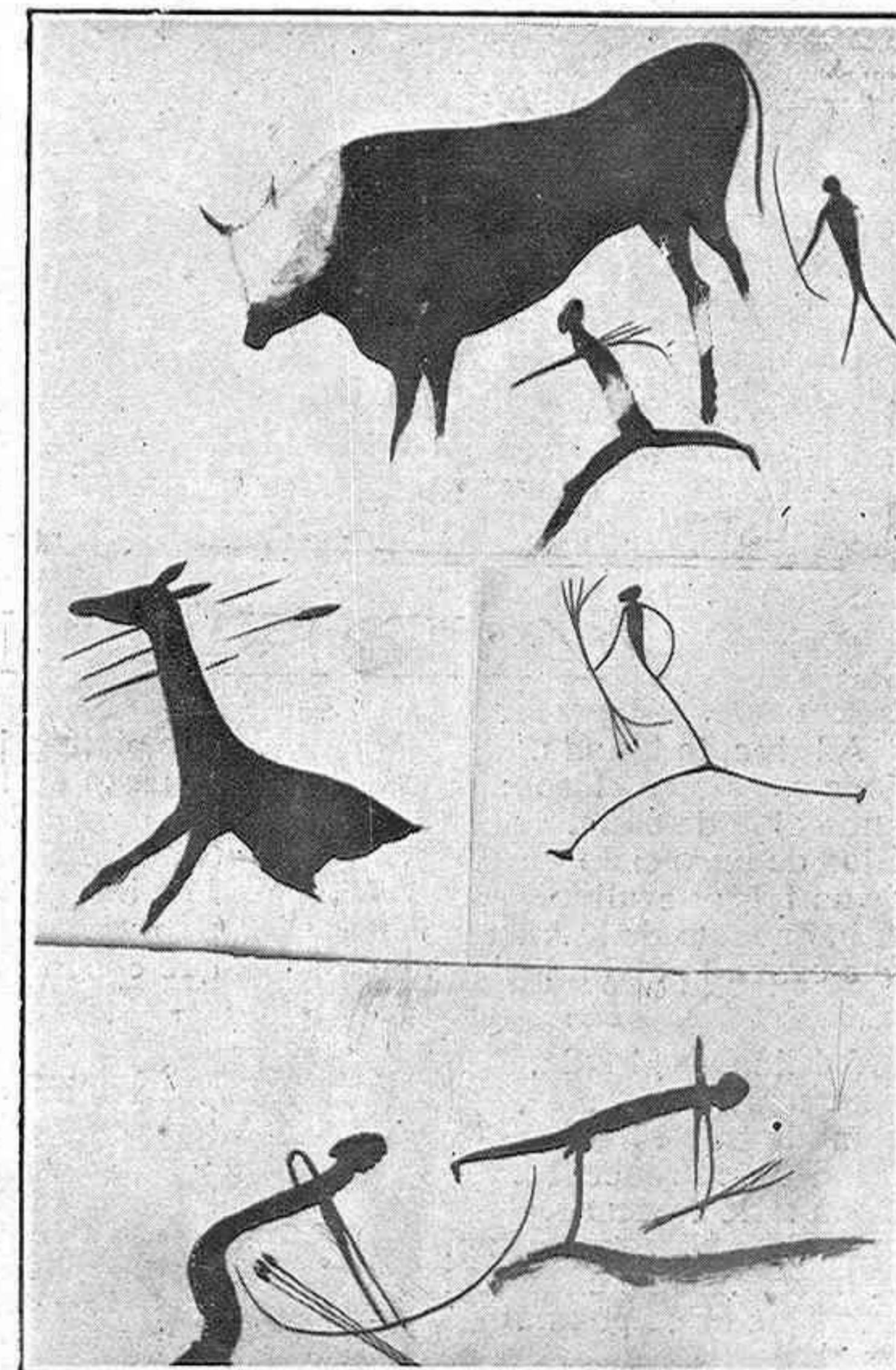
JULIO MILEGO



Dibujo rupestre, representando una escena de caza, en la caverna de Tírig



Figuras humanas y un ciervo, dibujados en la caverna de Tírig



Figuras de cazadores y de animales en la Cueva de los Caballos de Tírig

amores. Se imponía, pues, una sola resolución: el casarse con la muchacha. Margarita estaba á la sazón en la plenitud de su belleza, y era una mujer inteligente, culta y elegantísima. Ni instrucción ni modas había escatimado para ella Don Lauro. Este gozaba de los honores de la fama y el bienestar de una pingüe fortuna.

Margarita aceptó gustosa las pretensiones de su protector, y se casaron. Don Lauro entonces asombróse de tanta felicidad. ¿Quién era él para merecer tan continuada serie de triunfos en la

comprendiendo lo insensato de su ambición, dejó de desear el hijo... y tan feliz como antes.

Pero un día amaneció para Don Lauro una cosa negra, trágica. El cielo de su dicha se desplomó sobre los hombros, sin que el pobre pudiera soportarlo. Don Lauro se enteró de que su mujer, su adorada Margarita, le engañaba, le venía engañando desde hacía muchos años. Margarita tenía un amante. Don Lauro hubo de sorprender una colección de cartas, y en ellas toda la historia de la traición conyugal.

ojos á la vida... Hasta entonces había estado dormido, ciego. Las pueriles gafas de color de rosa acababan de teñírsele de sangre, de llanto, de color verdadero. La realidad le había dejado atónito, insensible. Es decir, ¿que existía de veras una maldad en la que nunca creyó, una maldad consciente, no producto del azar, sino de la voluntad de los hombres?

Ahogado de tristeza, despeñado de la cumbre de su optimismo y su confianza, Don Lauro abandonó su casa; tomó trenes y barcos y fuése



vida? Tenía salud, prestigio, dinero, amor, una mujer bonita...; no le faltaba nada. Decididamente, era un hombre con suerte. Su optimismo rayó á inaccesibles alturas.

Y así transcurrieron diez, quince, veinte años. Durante los primeros, Don Lauro esperó en vano la llegada de un hijo. El hijo no vino. Esto no le hizo desgraciado, pero sí suspirar alguna vez con melancolía. ¡Le hubiera gustado tanto á Don Lauro tener un hijo! Pero, caramba, aquello era ya mucho pedir. ¿No tenía de todo? ¿Todavía no estaba contento que pedía más? Don Lauro,

El conitado Don Lauro, que creía en su mujer sobre todas las cosas, creyendo en todas las de este mundo, sufrió la primera decepción de su vida. ¡Margarita, su adorada Margarita, la que él supuso siempre tan buena, esposa infiel! Semejante verdad no le cabía en la cabeza á Don Lauro. ¿Cómo era posible que aquella mujer, que él hubo de sacar de la miseria, elevándola hasta la cumbre de su fama, de su posición y de sus brazos, le hubiera engañado? Don Lauro no quería dar crédito á tan terrible verdad. Y, sin embargo, aquella verdad le acababa de abrir los

muy lejos, á esconder, donde nadie le conociera, el único dolor de su vida.

Apenas llegado al lugar que eligiera para refugio, Don Lauro enfermó. Amigos suyos que indagaron su paradero y procuraron noticias, dicen que murió de unas calenturas. Pero yo os digo que le mató el desencanto... El mismo mal que hubo de matar á Don Quijote.

J. ORTIZ DE PINEDO

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJA



JOSÉ ESPRONCEDA

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

DEL PENACHO ROMÁNTICO

Un poema inédito de Bécquer

ESTOS días hemos leído un manuscrito inédito de Gustavo Adolfo Bécquer. A la amabilidad de un soldado ilustre, que ha sabido hermanar brillantemente las Letras y las Armas, debemos unas horas de evocación y de nobleza espiritual.

Gracias al general Viñé, deudo del inmortal poeta romántico, podemos ofrecer á los lectores estas primicias póstumas, llenas de ingenuidad, de fragancia y de melancolía.

Se trata de un poema compuesto en *silvas*, todo escrito de puño y letra de Bécquer, en un amarillento cuadernillo de doce «caras», que ostenta en su cubierta, de letra diferente á la del autor, tres renglones medio borrados, donde puede leerse: *Esta poesía basta para acreditar de poeta á su autor.*

Y en la última «cara», junto á la firma de Gustavo Adolfo Bécquer, el número 256, y debajo la palabra «Archivada», con la antefirma «El presidente» y la firma y la rúbrica de *Narciso del Campillo*.

La persona que, con la venia del general Viñé, nos facilitó el manuscrito, y que, por su cultura y amor á Bécquer, es autoridad en la materia, opina que este poema, titulado *Elvira*, no publicado en ninguna de las ediciones de *Obras completas*, ni volúmenes sueltos, ni en ningún periódico ni revista de los varios en que colaboró

el autor de las *Rimas*, circunstancias todas que lo diputan como inédito, pertenece á los primeros ensayos del ingenio andaluz.

Los detalles citados de archivo y calificación por D. Narciso del Campillo, con otros de la vida literaria de Bécquer, hacen, fundadamente, presumir que este poema se escribió para alguna Academia ó Ateneo presididos por el erudito catedrático, probablemente recién llegado Bécquer á Madrid y apadrinado y alentado por su paisano, entonces prestigioso en la cátedra y en el periodismo literario.

□□□

El poema es hijo de Espronceda por su espíritu fatalista, por su estilo afectado y desigual, y hasta por el nombre de la heroína—*Elvira*—que aún llora á su *Estudiante de Salamanca*...

Murió de amor la desdichada Elvira.

Bécquer, enamorado literariamente de *Elvira*, queriendo compartir tanto dolor y tanto romanticismo, hace lo que en pintura se llama *una réplica*.

La génesis del poema es clarísima. Basta con evocar la época y el ambiente.

Las fiebres del romanticismo enfermaron á toda una generación de mujeres tristes y de hombres aparatadamente afectados. Nos hallamos en los

calenturientos días de Espronceda, bajo la obscura noche literaria que incendiara, fugaz y deslumbrador, aquel meteoro humano que se llamó *Fígaro*.

La palidez es una ejecutoria, el folletín una aristocracia, la tristeza una dignidad. Los héroes de Walter Scott llenan España de castillos, damas y pajes. Los poemas de Ossian y Byron inducen á la temeridad por amor. El amor contrariado, tras enfermar las fantasías, pone en la vida familiar sus notas sensibleras y delirantes. Los hombres son estrechos, como sus levitas; petulantes, como sus corbatines. Las mujeres, adustas en sus canapés, sueñan, bajo la cornucopia, con *Quintín Durward* y *Manfredo*.

En una época así, las gallardías donjuanescas arrebatan á los románticos, porque exaltan el amor violento, la pasión intrépida, el gesto audaz. La mujer, novelesca y fantaseadora, sueña con amores imposibles, pronta á ser heroína de su bandera y mártir de su culto. Entonces surgen, dislocados y contrahechos por la moda, Don Juan y Doña Inés, que se llaman Don Félix y Doña Elvira.

En *El estudiante de Salamanca*, que ve pasar su propio entierro—como Lisardo, el cordobés de donde procede—, el perfil de amor é infortunio de Doña Elvira es atrayente, delicado, aéreo.

LEÖTZ

LAMARCA

Esta novia romántica es una ofrenda al fatalismo, de moda entonces.

Al sentido teológico de los clásicos sucede la fatalidad de los románticos; al amor-pecado de Clara, en *La buena guarda*, el amor-imposible de Elvira en *El estudiante*; al terror místico de Lope, el pánico determinista de Espronceda.

La delirante fantasía de los románticos se incendia con llamas tan grandes, que iluminan esta figura apasionada y triste como un incendio ilumina el bosque. Nuestras abuelas han llorado á mares al decir:

¡Murió de amor la desdichada Elvira!

Y nuestras madres incluyeron en su ingenuo catecismo de amor la famosa carta:

*¡Voy á morir! Perdona si mi acento
vuela importuno á molestar tu oído.
¡El es, don Félix, el postrer lamento
de la mujer que tanto te ha querido!*

¡Morir de amor! La silueta de doña Elvira pasa ante nuestros ojos como la de una diosa patética. La ternura pone en su voz, más que sollozos de mujer, píos de ave; no maldice á don Félix, sino que le perdona... La fábula del c'sne que cantando muere, no es más bella que esta leyenda donde la mujer muere llorando y bendiciendo á su burlador. Doña Elvira muere de amor para amar más, para seguir amando por los siglos de los siglos...

ooo

En la *Elvira*, de Bécquer, están los veinte años románticos, llenos de adoración y castidad. Es una ofrenda inmaculada en el vaso de un co-

razón de colegial ó de cadete. Espronceda había arrastrado su desesperación por los burdeles, cantando á Jarifa; Bécquer, recién llegado á Madrid, no era todavía el hombre; no era aún más que el primogénito de la Ilusión.

Pero ya estaban en su oído los ecos de la musa fúnebre, y comienza el poema con las invocaciones al «arcángel del dolor», y habla de «noches tenebrosas» y de «las llamas azuladas del sombrío Genio». Es el conjuro, la fascinación de Espronceda. Sin embargo, de vez en vez, la inocencia se ofrece en todo su esplendor, como un jirón de cielo azul entre nubes. La escuela sevillana reaparece en alguna estrofa digna de Rioja ó de Arguijo:

*Del claro sol la frente
tras de las cumbres del cercano monte
se ocultaba, los aires encendiendo;
azul y refulgente
brillaba entre la niebla el horizonte,
entre la parda niebla que, envolviendo
trigos y montes, valles y praderas,
los objetos, fantástica, perdía,
en tanto que se oía
de las aves parleras
los cantares dulcísimos sonando
y en los vecinos bosques expirando...*

Elvira, como una zagala de Gil Polo ó una ninfa de Garcilaso, se mira en los cristales del río. Sorpréndela el poeta y queda preso en sus encantos. Vuelve el rimar banal, impreciso, espantosamente retórico, de Espronceda; repite Bécquer los manidos tópicos de «ilusión encantadora», «pintadas aves», «frente purpurina», «mirada seductora», etc., etc.

Los Hados, implacables, decretan que este amor de Elvira y el poeta «muera al nacer, como las rosas». Otra vez Rioja canta en Bécquer; pero en seguida el águila de Montemar reclama su presa con el «relámpago fugaz», el «cóncavo cielo» y el «bramar del aquilón».

Elvira parte á América y muere allí. El poeta recuerda la despedida, el juramento y la nave—«ráfaga argentina». En adelante, no hay sosiego á su alma ni alegría á su corazón, ni luz á sus ojos. Irá, «triste y sombrío», por las márgenes del Betis, evocando, con pasos lentos, á su Elvira, como Don Alvaro á su Leonor:

*... Tú, mi Leonor,
gala del suelo andaluz,
que ya eres ángel de luz
á los pies del Redentor...*

Luego reanuda *El estudiante* su tiranía retórica, y *El diablo mundo* su lirismo contrahecho. Vienen, como corona fúnebre, «la silvestre adelfa», «el cábaro agorero», «el suspiro doliente». Por fin, cierra el poema entregando la lira al «triste arcángel del dolor»...

¿Qué hay del Bécquer inmortal, del Bécquer de las *Rimas*, en este su poema inédito? Hay la fragante ingenuidad de un corazón sencillo; la deliciosa candidez de una canción absurda, cantada por una voz infantil.

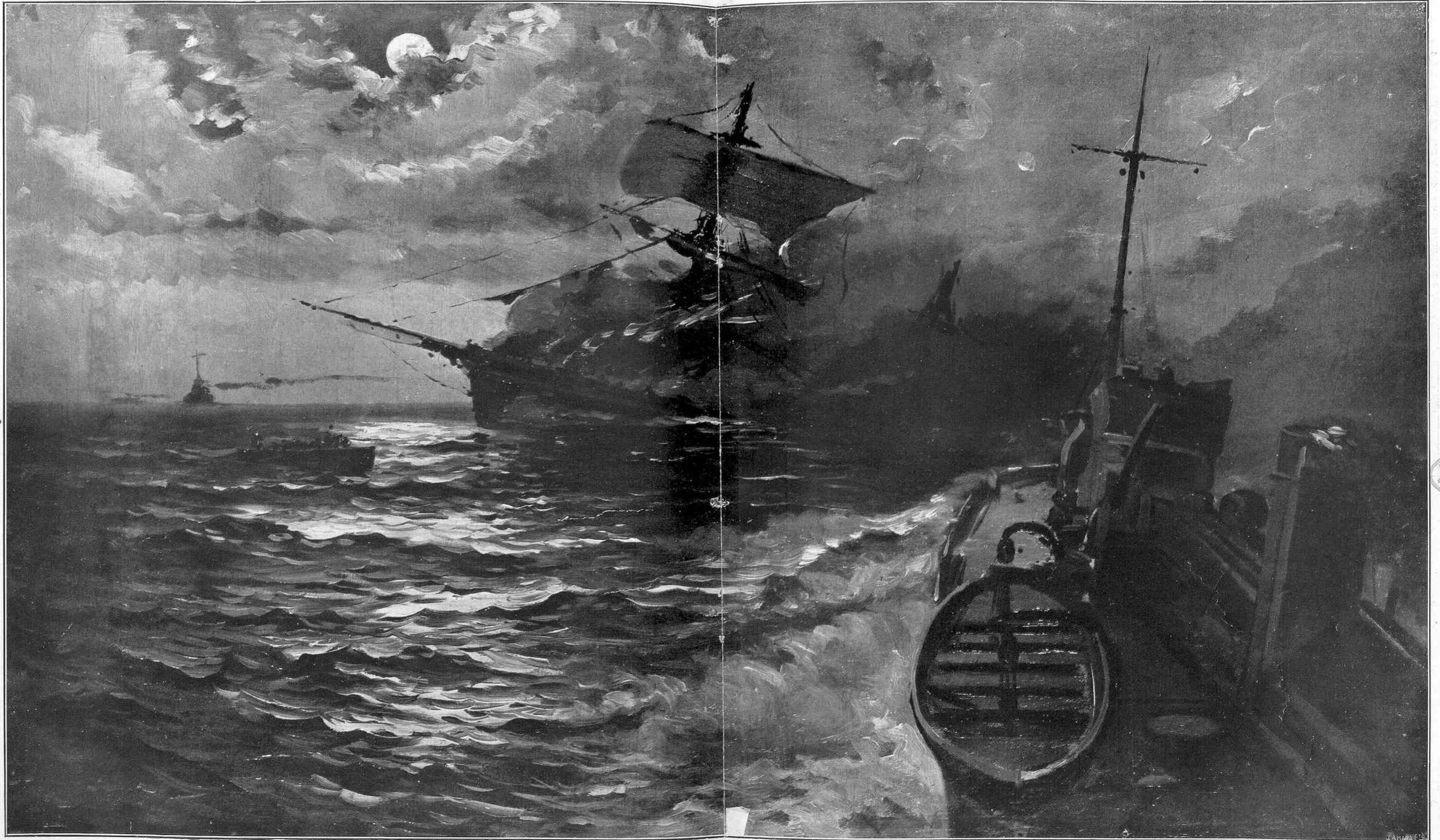
Es el Candor, tiranizado por la Ciencia; el Niño, guiado por el Hombre; el Amor, que se viste de Desencanto. Es la Aurora, indecisa y tímida, de Bécquer, asomando en la Noche, trágica y tempestuosa, de Espronceda...

CRISTÓBAL DE CASTRO



Páginas primera y última del poema "Elvira", obra inédita de Bécquer

LEVITZ



TORPEDERO INGLÉS AUXILIANDO A UN VELERO NORUEGO, INCENDIADO POR UN SUBMARINO ALEMAN
Dibujo de R. Verdugo Landi

BIBLIOTECA
MADRID

CAJAFONT

Las pinturas de la catedral de Valencia



"La adoración de los pastores", cuadro de Ribera

NUNCA tuvo nuestra catedral caracteres de monumento artístico, excepto el bello y atrevido cimborrio, que se levanta sobre los arcos torales, en parte bastardeado por las transformaciones realizadas en el templo. Un furor absurdo contra el estilo gótico borró la traza originaria de la catedral, que si no fué concebida con la grandeza de las construcciones similares de su tiempo, correspondía á la estructura general del edificio. Cegado el parteluz, reformada la capilla mayor con excesos de un gongorismo decorativo, que al cabo no ha prevaecido en arte, sólo bellezas parciales resisten la crítica, sin que por ello queden menos patentizados los anacronismos artísticos en que, deliberadamente, incurrieron clérigos y artistas de los siglos XVII y XVIII.

Ligereza ó debilidad, esta perversion del buen gusto, esta falta de sentido artístico, contrastan con el esplendor que dos centurias antes alcanzaran las artes en Valencia: pintura, escultura, cerámica, hierros forjados, vidriería, bordados, platería; las artes decorativas, en suma, llegaron á un estado de florecimiento tal, que ciudad alguna de España aventajaba á la nuestra.

La escuela de pintura valenciana gozaba merecido prestigio, pues aunque el primer pintor que marca un estilo determinado en Valencia es Juan de Juanes, centenares de ta-

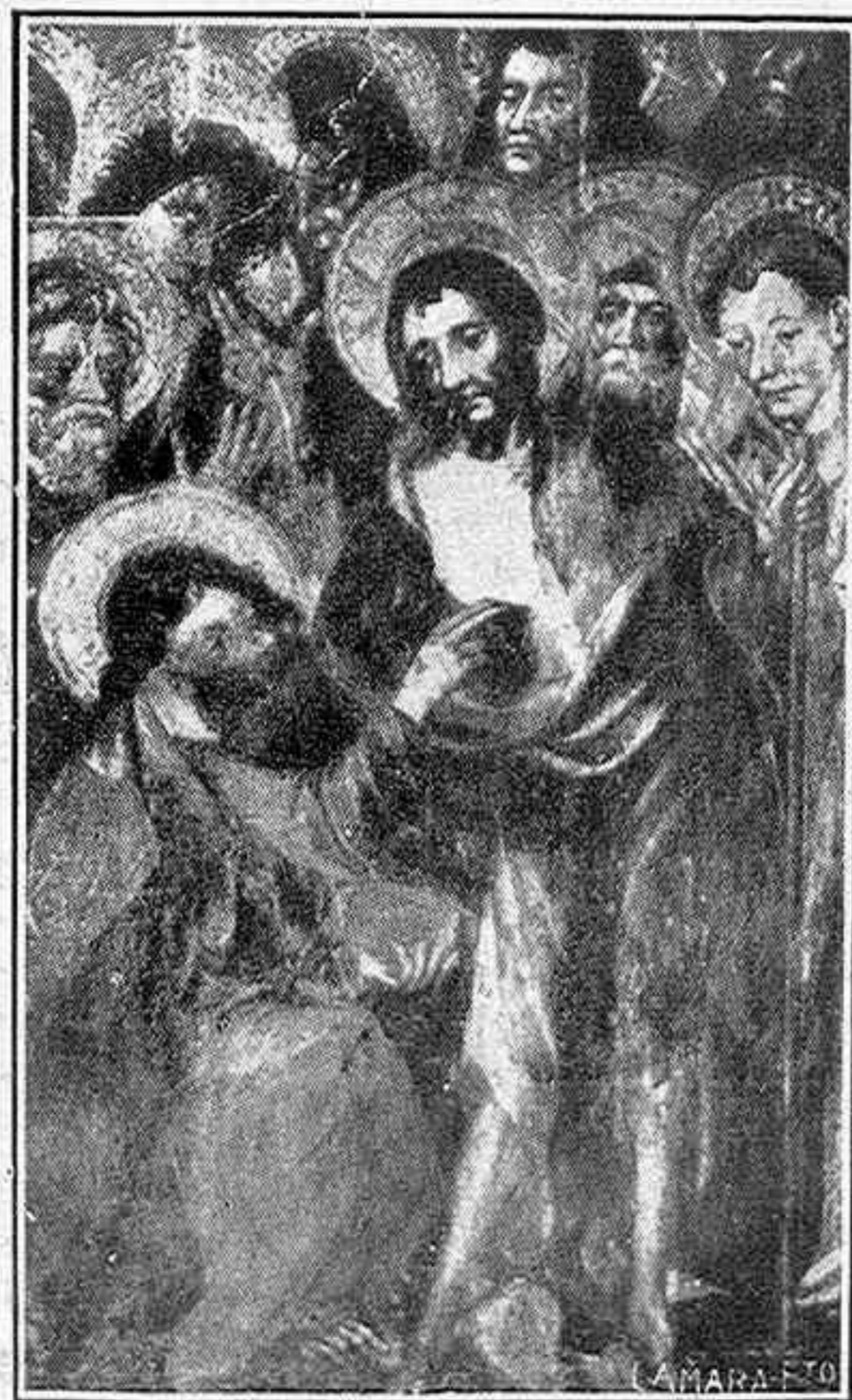
blas y lienzos en poder de particulares, en los conventos y en la catedral, acreditan el valer de nuestros artistas.

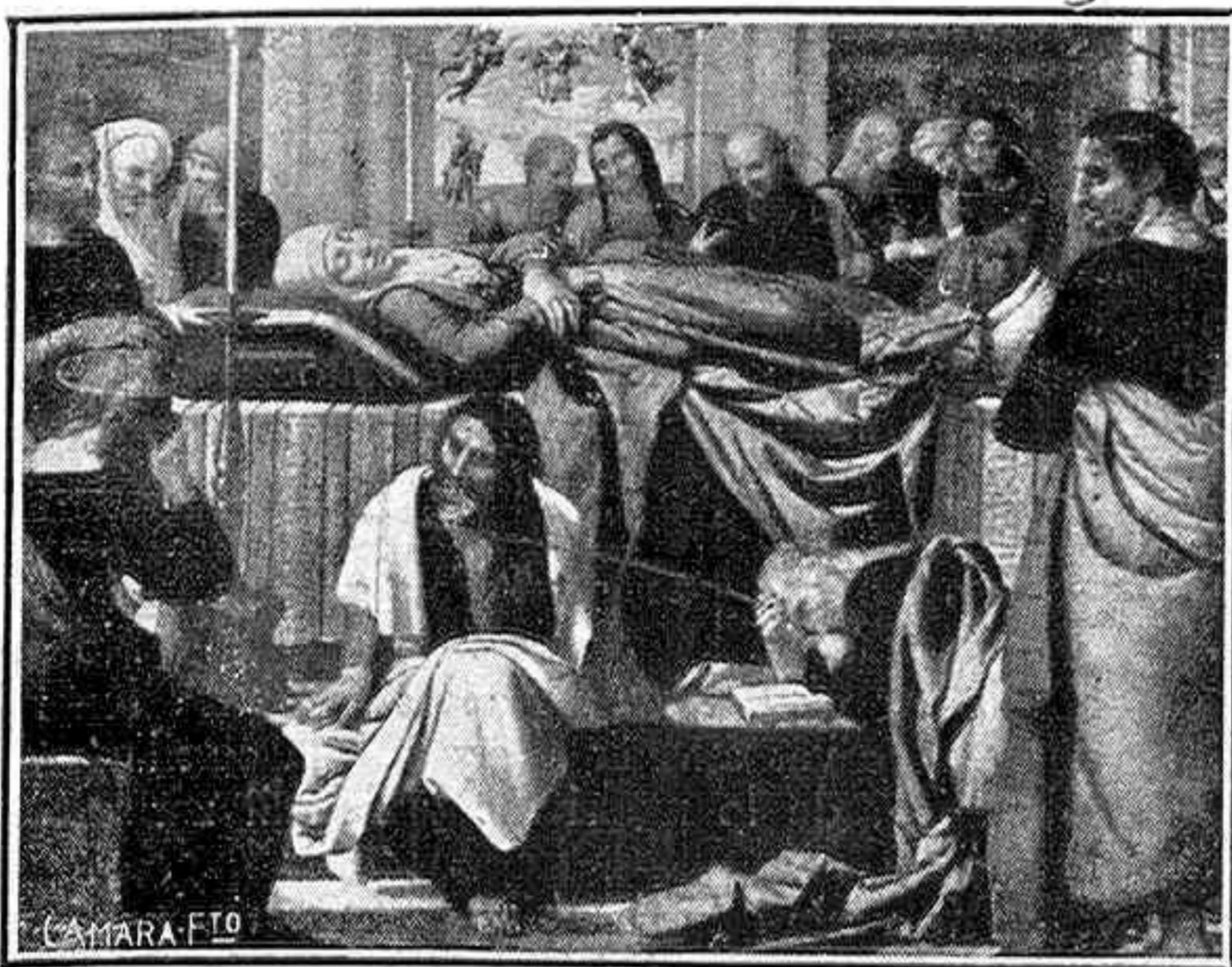
No nos proponemos enumerar todas las obras que contiene la catedral de Valencia, sino limitar el comentario á las de autores esclarecidos: Ribera, Goya, Juanes, Orrente, Sasso-Ferrato, y

singularmente de dos españoles, á quienes se deben las pinturas de las puertas que cierran el retablo de cobre dorado del altar mayor, obra primorosa de estilo ojival. Pintadas las doce tablas á principios del siglo XVI, hasta nuestros días fueron atribuidas á artistas italianos. Felipe II, al verlas, exclamó maravillado:—*El altar es de plata, pero sus puertas son de oro.*

Cuantos críticos han estudiado las pinturas del retablo reconocieron en ellas la influencia de la escuela florentina, quizá participando de la opinión de Valladares, quien, en su *Historia de la Pintura*, alude á la introducción del italianismo en la región valenciana por las obras de Francisco Pagano y Pablo de San Leocadio, traídos á Valencia por el arzobispo Rodrigo de Borja, en el año 1472.

Es de justicia reivindicar para dos españoles castellanos la gloria de esta obra, encomiada por Justi, profesor de la Universidad de Bonn, en su folleto: *La escuela de Leonardo de Vinci en la catedral de Valencia*; por M. Berteaux, profesor de la Escuela de Lyon; por F. Quiliet, por Lüque y por el exigente Ponz. A los trescientos ochenta y cinco años de haberse adjudicado esta gloria á Francisco Pagano y Pablo de San Leocadio, nuestro erudito doctor Roque Chabás descubre, con testimonios autorizados, que pintaron las doce tablas los españoles

"Santo Tomás, apóstol"
Tabla del siglo XIV"San Clemente y Santa Marta"
Tabla del siglo XV



"Muerte y Asunción de la Virgen" (Del altar mayor)



Detalle de un cuadro de Almeida



"Visita a Santa Isabel" (Del altar mayor)

Fernando de los Llanos y Fernando Yáñez de la Almedina.

Goya, representado por dos lienzos, sólo *El condenado* responde á la fama del maestro. El otro, *La despedida*, es una pintura sin emoción, que se despegaba del lugar y representa al duque de Gandía despidiéndose de la familia.

El cuadro de *El condenado* acusa la valentía y la potencia pictórica de Goya: el hereje se agita convulso, horrorizado por las visiones que atormentan su mente, al presentarle el santo, figura de firme trazo, un crucifijo.

Goya pintó la figura del pecador completamente desnuda, y cuando, en 1790, vino el artista á Valencia para dar la última mano á los lienzos y colocarlos, se entabló una pugna entre él, los clérigos y otras personas devotas, á quienes enojaba ver al condenado en cueros. Al fin, y tras reiteradas instancias, accedió de mal talante el autor de los *Caprichos* á cubrir con un lienzo á la aguada parte de la figura; posteriormente, alguien manoseó y enmendó, con manifiesta inconsciencia, esta parte de la obra de Goya.

Para significar á D. Francisco Goya el contento por esta concesión, se organizó en su obsequio fastuosa jira campestre á la dehesa del Patriarca. Y cuentan las crónicas que en la pintoresca dehesa, bajo aromos pinos, bosquejó Goya el relato de su ama de llaves, doña Joaquina Candado, que se conserva en el Museo provincial de Valencia.

En la capilla de San Sebastián hay cinco pinturas de Pedro Orrente, muy interesante la del titular, por el estudio anatómico de la figura, la técnica y el colorido, que justifican la fama del discípulo del Greco. Otros cuadros de induda-

ble mérito merecen mencionarse: Vergara, Ribalta, Vicente López, Camarón, dos atribuidos á Ribera, Miguel Angel y Pedro de las Cuevas; Espinosa y Juanes (hijo). Doce pinturas sobre sarga, de Pablo Areggio, que antes, colocadas en cuadros, formaban las puertas de los colosales órganos, y dos frescos, bastante estropea-

Ferrato, el esforzado pintor que pretendió levantar el arte del abatimiento en que había caído por la decadencia de la escuela florentina, y la *Adoración de los pastores*, de Ribera. La obra del célebre pintor valenciano produce impresión parecida á la que se experimenta ante la insuperable *Escala de Jacob*, del Museo de Madrid.

Al contemplar la suavidad de tonos, aquella serenidad del rostro de María, el noble continente de las figuras, no puede por menos de evocarse la tormentosa existencia del artista, que con igual desenfado enredábase á cintarazos, abismábase ante el lienzo para pintar miembros descoyuntados y llagas purulentas, é idealizaba figuras como éstas que admiramos en la *Adoración de los pastores*.

Hará unos veinte años se limpio esta pintura, y hoy se aprecian en su justo valor el dibujo y el colorido, antes borrosos. De prestarse el cuidado y la atención que requieren otros cuadros de mérito, el público advertiría que lo más interesante de la catedral de Valencia son las pinturas.

Porque las de Goya se ven con dificultad, al soslayo; otras permanecen en la penumbra, sucias, abandonadas, y las escogidas no tienen fácil acceso.

Contrasta esta preterición con el aparato y el artificio dispuestos para exhibir á San Antonio y la Inmaculada en altares de tonalidades claras,

brillantes, radiantes de luz, que ejercen sugestión sobre cuantos ignoran las obras de los artistas valencianos, hartos más estimables que el pseudoarte de almidón y purpurina, que invade ya hasta las catedrales.

SALVADOR ARIÑO SAGARMINAGA



"Cristo en brazos de la Virgen"

Tablas del siglo xv



"San Ildefonso"

dos, del maestro florentino Nicolás, decoran el aula capítular vieja, en la que destacan el hermoso retablo gótico de piedra y un soberbio Cristo, de Alonso Cano.

En el aula capítular nueva, varios cuadros notables de Juan de Juanes; tres tablas de Fernando de Almedina; la deliciosa *Madona*, de Sasso-



"La Concepción de María" (Del altar mayor)



"La Virgen del Amor Hermoso", de Sasso-Ferrato



"Presentación de la Virgen en el templo" (Del altar mayor)

MADRILEÑERÍAS

LAS NOCHES DE LA BOMBILLA

EL distinguido confeccionador de «churros» nos miró melancólicamente. El humo de la caldera y la dulzura de la evocación estuvieron á punto de hacerle llorar.

—Esto se va por la posta—nos dijo—. A Madrid no le conocería ya López Silva, «lo cual» que no sé si sabrá usted que está en América. Fíjese en la verbena, señor. Hiede. No se despacha un churro ni dando un bono pa los toros. Ahora á tóo el mundo l'ha dao por la finura ó por lo de fuera. La mano, señor, la mano pongo al fuego si dentro de na no va á verse en las verbenas más que puestos de bicarbonato ó combinaciones de esas de París pa solazarse eléctricamente.

Nuestro amigo el churrero se pasó la mano por la frente. Creíamos que iba á ponerse á meditar, y era que estaba sudando.

—Tiene usted razón—dijimos—. Ya no hay

—Es decir, que estamos en plena degeneración, y que al Café de Naranjeros ó al Cafetín del Manco le han podido el Ritz y el Palace.

—Ahí le duele, señor. ¡Esto está imposible! ¡Si yo escribiera en los papeles!...

Y nuestro interlocutor, afligido, siguió trazando dorados ochos en el aceite de la caldera. ¡Oh, ironía! Al marcharnos lo descubrimos. Aquel madrileño hasta la medula lucía en la muñeca un cuco relojito de pulsera...

Y, camino de El Pardo adelante, el simón nos conduce hasta las húmedas, evocadoras y algareras hondonadas de la Bombilla.

Entramos en un merendero. Cualquiera. Un gentío absurdo, por heterogéneo, hormigueaba en el espacio que las mesas dejaban libre. Las parejas de baile, con la vista baja, mirando al suelo, avanzaban y retrocedían. Imaginamos, al

«salao» y bien «marcao» de otros tiempos? Nuestro amigo nos miró atónito.

Luego soltó otra carcajada y otro: ¡Oh, la, la! *Tout á fait déchirant...*

—¿Qué has bebido?

—Si no me han estafado, gaseosa.

—Pues se te ha subido á la cabeza. ¿No sabes bailar el tango? Entonces eres una funeraria. ¿O te vas á venir ahora con la cursilería de lo castizo, de lo madrileño y de mil zarandajas literarias?

—Yo venía á la Bombilla en otros tiempos. Yo era un infeliz que bebía manzanilla de Sanlúcar y vino de «la tierra», y que bailaba sin salirse de un ladrillo, y que tenía una novia chiquitita, retrechera y juncal, con la que se daba unos «verdes» completamente históricos columpiándose en la Florida, merendando en Amaniel ó divagando entre los pinares de Puerta de Hierro.



fenómenos en sus barracas, como los de antaño, ni se bebe vino de la tierra, ni se «marcan» un chotis castizo los hombres. Esa misma estimable masa que usted, por una alucinación incomprensible, parece extraerse del esternón, está en decadencia. Nadie degusta hoy el «combro» tiernecito, ni la crujiente «bola», ni el «churro» áureo, generoso compadre del aguardiente. Las niñas postineras abominan de los «torraos», que sus señoras madres preferían antes de Santiago de Cuba. Y se embriagan con agua de Mondariz. ¡Le digo á usted, guardia!

El hombre ennegrecido de la buñolería al aire libre se echó á reír con estrépito.

—No ha estao ustez pesao—y añadió—. ¿Mí que no me digan: hay que españolizar á Uropa. Si yo fuese periodista diría un rato largo de cosas. Porque ¡hay que ver cómo está el negocio!... Los apaches, los tupis con piano!a y los *sáiz de carlos* (aludía á los *side-cars*, indudablemente), nos han estofao á los que éramos castizos y bajábamos á San Cayetano ó á la Paloma á gastarnos un duro en lo nuestro y con lo nuestro. ¿Pues no se viene ahora mi costilla, que le tiene afición á las novelas, con que *Fantomas* le gusta más que *José María* ó *Luis Candelas*?

pronto, que se les había perdido á todas algún objeto de interés; pero resultó, porque al fin oímos al organillo, que estaban danzando un *fox-trott*. Se bebía cerveza ó soda, y los señoritos y las mujercitas alardeaban de pillines hablando un camelístico lenguaje, entre sudamericano y francés.

Bajo la pompa de las acacias, las luces eléctricas amarilleaban laciamente. De vez en cuando oíanse bocinazos ó chillidos de automóviles que volaban hacia la Cuesta de las Perdices. Goya, los Sotillos del Manzanares y la marchosa gentileza de las gatitas de Chamberí ó del Avapiés eran evocaciones dolorosas en el aire, apestado de europeísmo, de aquella noche...

—¡Oh, la, la!—exclamó de pronto una voz conocida á nuestro lado—. ¿Qué suicida inacción es esta? ¿No bailabas «como los ángles» el chotis á izquierdas? Pues por falta de mujeres «bien» no será.

—Pero, ¿qué les ocurre, que así se contorsionan, sosas y ridículas? ¿Qué nube de labios pintados y de voquibles forasteros es esta? ¿Dónde se han perdido los mantorcillos taragrescos y los ardientes ojos españoles? ¿Por qué huele el aire á Dimitrinos y á éter? ¿En qué rincón del mundo se baila el chotis «agarrao»,

—¡Puaf! Eres un antropopiteo. No caminas con tu época, y sucumbirás. Anda, vamos á bailar con esas dos tobilleritas la «danza del oso».

Huyeron ambos amigos, mientras nosotros seguimos observando aquel merendero metamorfoseado por la civilización.

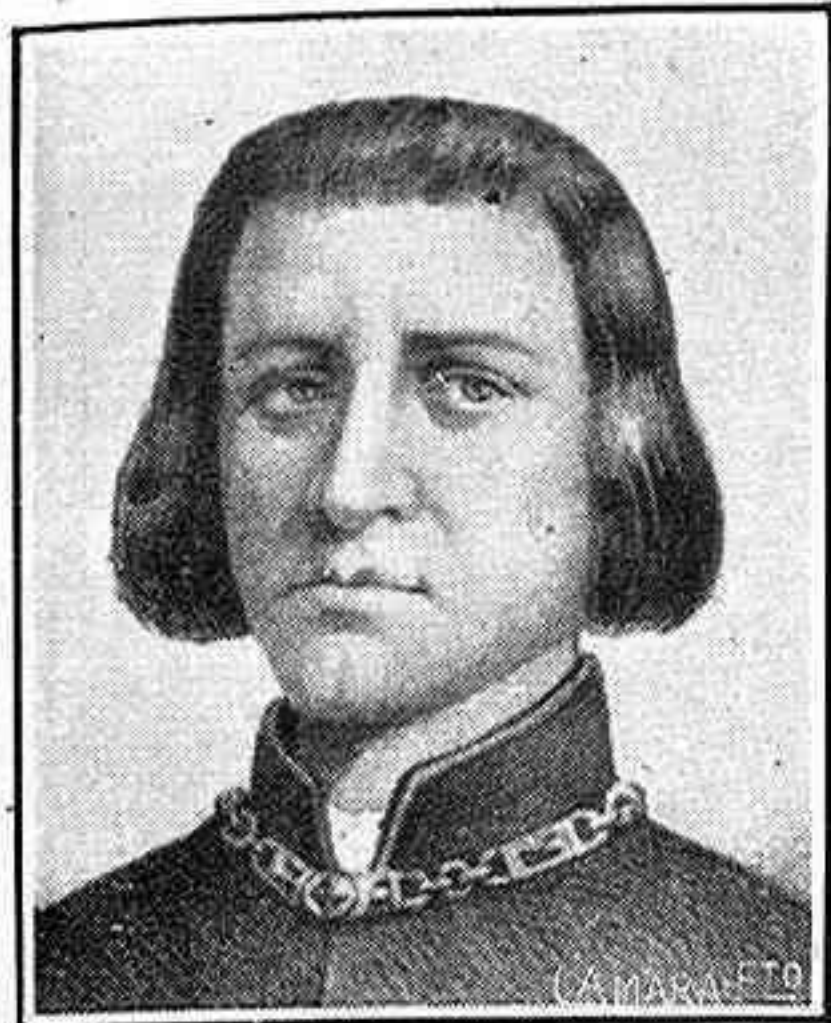
Las púberes y las crepusculares, todas muy maquilladitas y con el rostro acribillado de lunares postizos, comenzaron á saltar frente á su pareja. A saltar sin garbo, sin ritmo. Un viento desolador, viento de blandura y de afeminamiento, arrancaba á las acacias del jardinillo y al corazón de nuestro pecho una protesta, una melancolía y una repugnancia. Ninguna mujer de aquellas nos parecía madrileña; ningún hombre de los que allí había—salvo los camareros, tan graves cuando no se les paga—nos parecía hombre...

Con que, fatigados, salimos á la carretera. Una «moto» estuvo á punto de atropellarnos, y un mendigo barbudo nos pidió limosna en un francés de la casa Ollendorff. En la soledad y en la noche, mientras nos dirigíamos hacia Madrid parecía que nos alejábamos cada vez más, y para siempre, de él...

E. RAMIREZ ANGEL

DEBUJO DE ROBLEDAÑO

LA LITERATURA VALENCIANA



AUSIAS MARCH
Poeta valenciano del siglo XV

todas las ternezas y se la ofrece, como en un incensario, el amor de todas las almas.

Los vates valencianos presentan en conjunto la misma faceta.

Y es que este renacimiento, por causas difíciles de remediar, continúa en la infancia.

El espíritu de Constantino Llombart flota sobre las aguas quietas de este movimiento, y se oye siempre su voz que predica valencianismo y que exhorta a amar a la patria chica, que para él era la patria principal.

¡Pobre maestro! El fué el alma de este resurgimiento. El sólo adivinó el camino que habían emprendido los catalanes con su renacimiento literario, y sabía que el grito de Aribau, repercutido en Rubió y Ors, había de hacer surgir, más ó menos pronto, un Prat de la Riba.

Por la senda de la literatura pensaba él que Valencia llegaría también al regionalismo, y con fe verdaderamente apostólica predicó el valencianismo en la calle y en el libro, en el periódico y en la tribuna. Todos los que pertenecemos a la pasada generación y hemos hecho versos, fuimos formados por él.

No puedo recordar sin emoción aquella época en que Pedro Bonet Alcantarilla, Vicente Blasco Ibáñez, Barber y Bas, Gadea Mira y algunos otros, éramos aún casi niños y nos agrupábamos alrededor del hombre de las gafas, como llamábamos a Llombart, para leerle nuestros trabajos, que él corregía y se encargaba de publicar.

Muchas veces, en los días de sol, organizábamos excursiones al campo con Llombart, y allí, en plena Naturaleza, entre los árboles que crecen a la orilla de las acequias, mientras devorábamos la frugal merienda y bebíamos, al *gallet*, el bravo vino de Pedralva, aquel hombre que, además de gran valenciano, era un excelente poeta, que lo mismo escribía en lengua del país que en el más correcto castellano, nos repetía las palabras con que Vinatea obligó al rey aragonés a guardar nuestros fueros, aquellos fueros que eran el cuerpo jurídico en que radicaban todas las libertades y la fuerza de este país; nos contaba cómo y dónde se instaló en Valencia la primera imprenta de España; nos explicaba por qué el mercedario Fr. Jofré fundó en nuestra ciudad el primer manicomio que se instaló en el mundo; nos hablaba de los grandes poetas valencianos y nos familiarizaba con Ausias March, Corella, Jaime Roig, Juan Martorell, Isabel de Villena, Carlos Ros y Villarroja.



TEODORO LLORENTE
Honra y gloria de la lírica valenciana

EL renacimiento literario valencino es un fenómeno reflejo del de Cataluña y no ha llegado al pueblo todavía. El cuerpo de esta literatura, que es trabajo de los poetas principalmente, puede afirmarse que constituye una inacabable letanía en que se dicen a Valencia

todas las ternezas y se la ofrece, como en un incensario, el amor de todas las almas.

Los vates valencianos presentan en conjunto la misma faceta.

Y es que este renacimiento, por causas difíciles de remediar, continúa en la infancia.

El espíritu de Constantino Llombart flota sobre las aguas quietas de este movimiento, y se oye siempre su voz que predica valencianismo y que exhorta a amar a la patria chica, que para él era la patria principal.

¡Pobre maestro! El fué el alma de este resurgimiento. El sólo adivinó el camino que habían emprendido los catalanes con su renacimiento literario, y sabía que el grito de Aribau, repercutido en Rubió y Ors, había de hacer surgir, más ó menos pronto, un Prat de la Riba.

Por la senda de la literatura pensaba él que Valencia llegaría también al regionalismo, y con fe verdaderamente apostólica predicó el valencianismo en la calle y en el libro, en el periódico y en la tribuna. Todos los que pertenecemos a la pasada generación y hemos hecho versos, fuimos formados por él.

No puedo recordar sin emoción aquella época en que Pedro Bonet Alcantarilla, Vicente Blasco Ibáñez, Barber y Bas, Gadea Mira y algunos otros, éramos aún casi niños y nos agrupábamos alrededor del hombre de las gafas, como llamábamos a Llombart, para leerle nuestros trabajos, que él corregía y se encargaba de publicar.

Muchas veces, en los días de sol, organizábamos excursiones al campo con Llombart, y allí, en plena Naturaleza, entre los árboles que crecen a la orilla de las acequias, mientras devorábamos la frugal merienda y bebíamos, al *gallet*, el bravo vino de Pedralva, aquel hombre que, además de gran valenciano, era un excelente poeta, que lo mismo escribía en lengua del país que en el más correcto castellano, nos repetía las palabras con que Vinatea obligó al rey aragonés a guardar nuestros fueros, aquellos fueros que eran el cuerpo jurídico en que radicaban todas las libertades y la fuerza de este país; nos contaba cómo y dónde se instaló en Valencia la primera imprenta de España; nos explicaba por qué el mercedario Fr. Jofré fundó en nuestra ciudad el primer manicomio que se instaló en el mundo; nos hablaba de los grandes poetas valencianos y nos familiarizaba con Ausias March, Corella, Jaime Roig, Juan Martorell, Isabel de Villena, Carlos Ros y Villarroja.

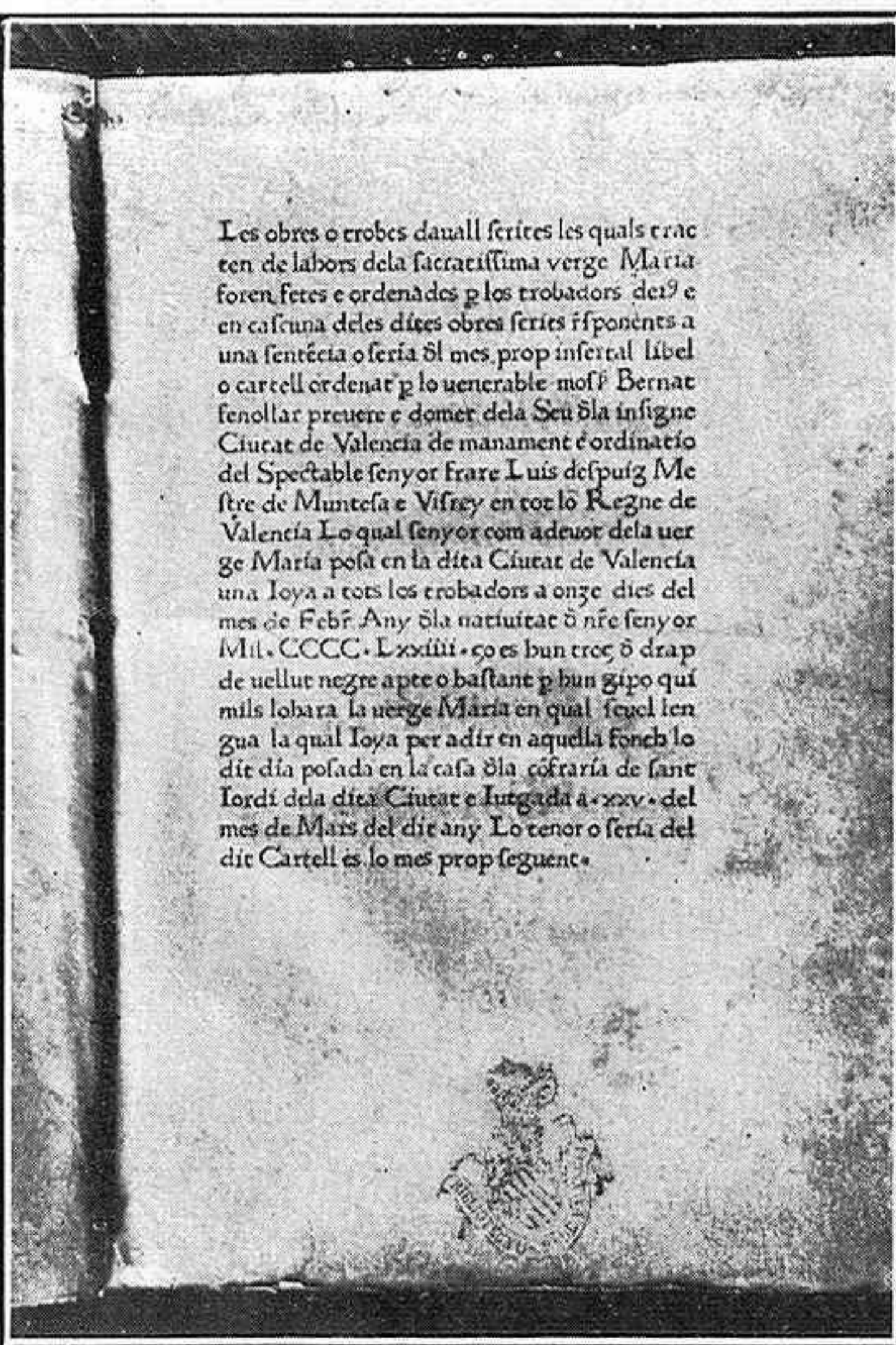
Otros días nos hablaba de arte, y nos refería anécdotas de las vidas de nuestros grandes pintores.

Como concibió Joanes su famosa Purísima, lo que hizo Ribera en Italia, cosas de Ribalta, de Espinosa, de March, de Borrás, de Orrente, de López, y nos encomiaba las excelencias de la escuela valenciana de pintura, cuya gloria nos enseñaba a comprender.

Como concibió Joanes su famosa Purísima, lo que hizo Ribera en Italia, cosas de Ribalta, de Espinosa, de March, de Borrás, de Orrente, de López, y nos encomiaba las excelencias de la escuela valenciana de pintura, cuya gloria nos enseñaba a comprender.

Pero ninguna reunión terminaba sin que el maestro expresara su odio al asesino de los fueros valencianos; al que los mandó quemar, en Játiva, por mano del verdugo; al rey incendiario que, después de vencer a los pueblos, los destruía por el fuego para castigar el delito de haberle opuesto resistencia; al que mató nuestra lengua prohibiendo su uso y nos ató a la carreta del centralismo como los generales antiguos ataban a los vencidos a sus carros de guerra para hacerlos esclavos de sus pueblos.

Claro es que, después de estas soflamas, cada uno de nosotros se marchaba a escribir unos versos en que ofrecía su amor a Valencia, ó a componer un himno de odio a Felipe V; y claro es también que lo hacíamos todo en valenciano repleto de palabras arcaicas y con una ortografía



Una página del libro "Trobes en laor de la Verge", el primero que se imprimió en España, en 1474

en desuso, por lo que si el trabajo se publicaba, no lo leía nadie.

En *Lo Rat-Penat* había agrupado Llombart a los que nosotros llamábamos viejos, y allí concurrían el insigne Teodoro Llorente, honor y gloria de la moderna lírica valenciana; el ilustrado Querol, que enriqueció con sus *Rimas* los tesoros de las letras castellanas y regionales; el tiernísimo Víctor Iranzo, el delicado Jacinto Labaila, el epigramático Sanmartín y Aguirre, el enamorado Bodria, el grandilocuente Félix Pizcueta, el inspirado Pascual y Genís, el enérgico Cebrián Mezquita, el elegante Aguirre Matiol, el fecundo Badenes Dalmau y otros muchos poetas que compartían la labor de difundir el amor a las glorias valencianas con eruditos y literatos tan notables como Martínez Aloy, Serrano Morales, Vives Liern, barón de Alcahalí, Vives Ciscar, Tramoyeres, Martí Grajales y todos, en fin, los que tenían verdadero cariño a Valencia y hablaban valenciano.

Todos se llamaban valencianistas; pero eran muy contados los que comprendían la obra de Llombart, cuyos frutos, por esta razón, habían de ser escasos y tardíos. Porque se produjo el movimiento literario; pero lo que había de ser hoguera que iluminara el espacio, quedó convertido

en modesta lámpara votiva, cuya luz apenas deja ver el rostro de la imagen que alumbraba.

Por otra parte, á aquellos poetas no les leía el pueblo, que sólo entiende a los que se allanan a dirigirse a él en su lenguaje, sin obligarle a desentrañar el sentido de palabras cuyo significado ignora, ni a quebrarse los sesos en ortografías que no le enseñaron, y entonces, si es un verdadero artista el que le habla, llora, como llora cuando Morales Sanmartín le sirve su *Cadireta d'or*, ó ríe, como ríe con Escalante, Balader, Thous, Cidón, Ferrándiz, Agulló, Casajuana, Juan García, Sanchís Arcís y tantos otros autores que le regalan con las flores de su ingenio. Sería muy difícil explicar por qué un autor dramático del fuste de Martí Orberá, capaz de hacer todo el teatro valenciano, ha encontrado el vacío en su país. Quizá hallaríamos la clave ahondando en la psicología de nuestro pueblo.

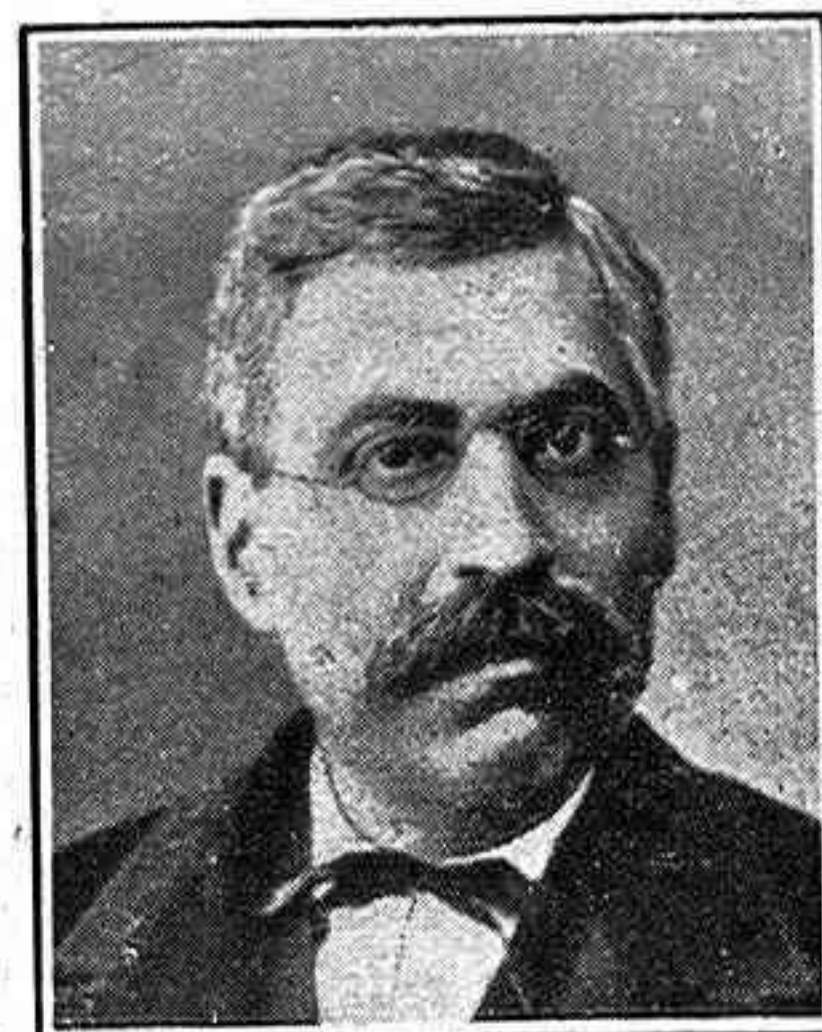
Hoy, la poesía valenciana sufre un recrudescimiento en su carácter arcaico. El ideal de los poetas nuevos es Ausias March, cuyo lenguaje y forma métrica toman por modelo; y como, además, pretenden estudiar valenciano en los autores de Cataluña, resulta que escriben en catalán. Algunos, los mejores, como Mustieles y Durán Tortajada, se dedican a ello francamente y se van al Principado, donde encuentran gloria y provecho luchando en el campo de las letras catalanas.

Además, se ha recrudescido en los poetas valencianos el sentimiento del regionalismo, y solamente Trenor, Martínez Ferrando, Cebrián Ibor, los Zapater, Pérez Lucia y Alberola, son, quizá, los que no están tocados de la manía de escribir versos regionalistas, que es como si dijéramos poesía política. La generalidad de los demás, algunos de ellos poetas de mérito, incluso Puig Espert y Bayarri, este último mezcla de místico y guerrero, parecen empeñados en conseguir la autonomía de la región á fuerza de endecasílabos.

La reivindicación de los derechos de Valencia vendrá por otro camino, si ha de venir, impuesta por el imperio de la necesidad, sin que los poetas tales, como tales, puedan servir gran cosa en esta empresa.

El puesto de los regionalistas no está en el sereno campo de la poesía; los poetas valencianos deben vaciar en el hermoso molde de su idioma todo el tesoro de su arte, procurando que éste sea lo suficientemente fuerte para vencer la pasiva resistencia del pueblo á enterarse de que tiene literatura. De otro modo, carecerán de público y seguirá sucediendo que los literatos capaces de hacer labor grande y fecunda, escriban unos en castellano y otros en catalán, con lo que las letras valencianas no irán ganando nada, sino todo lo contrario.

Ramón ANDRÉS
CABELLES



EDUARDO ESCALANTE
Ilustre sainetero



CONSTANTINO LLOMBART
Eminente poeta é iniciador del renacimiento en Valencia

PÁGINAS POÉTICAS

=Varela de Seijas=



El paje sin amor

Corcel de guerra es el mío
que ahora camina en la paz;
las riendas le dejo sueltas:

¿dónde irá?

Por montes y por llanuras
me va llevando, hasta dar
á orillicas de una fuente.

En el cristal
terso y limpio de sus aguas
hanse venido á hermanar
lagrimicas de mis ojos.

Si ellas dan
en labios de aquella dama
que me las supo arrancar,
bendita sea la fuente
que entre sus linfas las ha.

No llevo en aquesta andan-
escudero que cuidar [za
tenga de la vida mía,

pues que va
aún más señora mi alma
con el dolido penar
de la noble castellana,

sin curar
de más mundo que el que hue-
los cascós de mi alazán. I'llan
En la corteza de un roble

fui á grabar
con la punta de mi daga

la letra que es inicial
del nombre de mi madrina,
cuando aciertan á pasar
los reyes con su cortejo,
que de cacería van.

La reina musita al punto
de cruzar.

“¡Bello paje es este paje
que tan dolorido está.

“Dime, dime el pajecillo:

“¿quien te da
causas de tanta congoja?

“¡Ve que lo has de confesar!
“¡Ve que lo mando!, y por rei-

“lo dirás. Ina

“—¡Ay, señora! Yo tenía,
“sólo dos horas habré,

“una madrina, y por ella
“me acude aqúeste llorar;

“pues hay un conde tirano,
“tan celosico y rufián,

“que teme que la madrina
“pueda dar

“en dama de mis amores.

“—Ved qué paje tan galán
“—dícele la reina al rey—.

“Entrará
“desde agora á mi servicio.

“Ved que lo habéis de otorgar.
“Hagan puesto en mi cortejo
“á este rapaz.

“A la madrina que dices

“haz cuenta de no llorar;
“que, si pujas por madrina,
“yo te serviré de tal.

“Desde agora eres mi paje:
“sólo de mí curarás:

“yo te haré, ¡por vida mía!,
“disipar

“aquese duelo que lloras,
“que por lenzuelos tendrás

“amores de una doncella
“angelical.

“Y cuando el tiempo de llegue,
“con ella te he de casar:

“Isabelica se llama.

“Ya verás
“cuán lozana y cuán pulida.

“A fe que te agradará.
“Es hija de un maestresala

“y nieta de un capitán.

“—Ay, la reina, mi señora
“--respondí--; no haya casar,

“que á la dama que dejara,
“para no encontralla más

“por los días de mi vida,
“luto la quiero guardar...

“Idos, mi reina y señora;
“idos y dejadme en paz...”

Diego SAN JOSÉ

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



"Costas gallegas", cuadro de Francisco Llorens, que figuró en la reciente Exposición Nacional

DIALOGO EPILOGAL

ESTABA el viejo pintor, como todas las tardes, en lo alto de aquella cumbre, desde donde veía cambiarse la tierra en mar. Detrás de él quedaba el pueblo, rumoroso y humilde, con sus leiras, pomares y corredoiras, con su tránsito de carretas gemidoras, de mozos membrudos y mozas esbeltas como canéforas, sosteniendo sobre sus cabezas la ferrada con su triple corona de cobre rutilante.

Y allí le sorprendió y le alegró el pintor mozo con su repentina presencia, que venía á eslabonar las gustosas y habituales entrevistas.

EL PINTOR VIEJO.—¡Oh, rapaz! ¿Cuándo viniste?

EL PINTOR MOZO.—Aún no hace media hora. Todavía debe estar retumbando el motor del automóvil y aún me quebranta el cuerpo el día y la noche de tren. Pero tenía sed de este reposo augusto y de su palabra amiga, maestro.

EL P. V.—¡Oh, rapaz! Vienes flaco, pálido y triste. Supe que tu cuadro no tuvo medalla.

Fulgieron las pupilas azules del mozo. Le rasgó la ironía los labios para un súbito resplandor de los dientes. Levantó los puños crispados.

EL P. M.—Injusticia fué, maestro. Usted bien lo sabe.

EL P. V.—También sabía otras cosas y no quise hacerme caso. Esta serena marcha del tiempo aquí, refugiada en todos los olvidos ciudadanos y cortesanos; esta íntima satisfacción del propio espíritu mirándose hoy en la obra ejecutada ayer, valen harto más que cuanto ficticio espejismo fuiste á buscar en Madrid. Bien te lo dije, rapaz.

EL P. M.—Di sus cartas, y me sonreían sorprendidos y con esfuerzos de memoria. Le han olvidado, maestro. Frecuenté las reuniones de artistas, y salía con el corazón angustiado y temeroso de decir nada por si acaso las palabras salían mojadas de lágrimas.

EL P. V.—Te desquitarías, rapaz, en las enseñanzas de los maestros, en las controversias de los compañeros, en las doctas lecturas de los críticos.

EL P. M.—No se burle, que bien hondo me duele el cambio de nuestra aldeanega paz, de la fecunda calma pueblerina, por el espectáculo lamentable. Una Exposición Nacional es muy otra cosa de lo que yo imaginaba. Perdón he de pedirle por dudar en mi pensamiento cuando usted me quería desen-

cantar.

EL P. V.—¿Qué viste, rapaz? Cuenta, que estoy curioso por ver si en los veinticinco años de mi alejamiento cambiaron las Exposiciones Nacionales.

EL P. M.—Hallé el pedantesco orgullo, la codicia hipócrita, el rencor disimulado y la vocinglera impotencia que usted me decía. Sólo se pensaba en cazar una medalla y pescar una adquisición. Lo de menos era ver si los cuadros estaban bien pintados ó sugerían alguna emoción igual á la emoción que les dió vida. Salvo la obra propia, oía que todos censuraban á todas.

EL P. V.—¿Pero los había?

EL P. M.—Claro que los había. Y fueron ellos el desquite de tanto desengaño.

EL P. V.—¿Entonces la Prensa ha mentido?

EL P. M.—La Prensa, maestro, ha sido lo más triste, lo más doloroso de esta Exposición. Yo no he leído jamás tanto error y tanta ligereza y tanta ignorancia disfrazada de desdén. No mató, maestro, á la Exposición el terrible mal interior de las obras anodinas ó peores, no la mató el Reglamento, sino los artículos agresivos y las reseñas equivocadas y aquel unánime clamor de que la Exposición era tan mala, tan mala, que no merecía ser visitada ni comentada. Luego ha de añadir usted, maestro, la lucha entre aquellas salas sin luz, sin ventilación, donde se colgaron los cuadros, y la alegría exuberante de los jardines y avenidas del Retiro. Más grato era contemplar la Naturaleza real que la pintada. Sumo también las murmuraciones de los descontentos, el veneno de los fracasados y la atmósfera hostil que crean los profanos, cuya cultura artística se limita á lo que en su periódico respectivo leen, y comprenderá, maestro, cómo el público ingenuo y de buena fe no ha visitado la Exposición y cómo tuvo que cerrarse la Exposición antes de tiempo, lo mismo que un teatro á quien el público vuelve la espalda y cuyo empresario no tiene mucho dinero.

EL P. V.—Lamentable ha sido, rapaz, por lo que á ti se refiere, ya que tu obra pasó inadvertida de los que pudieron premiarla, de los que debieron analizarla y de los que no quisieron verla; pero en lo que se refiere al arte en general, casi debemos alegrarnos de este aparente fracaso, donde no deja de haber su realidad positiva y elocuente. Yo seré viejo, pero comprendo y acato las lógicas evolucio-

nes y transformaciones. Una Exposición Nacional, con Jurados, con medallas, con un escalafón de genios de distintas categorías, no tiene razón de ser. Debemos procurar que todo esto desaparezca, imbuir á los artistas el convencimiento de que una medalla no da el menor prestigio y que la venta de un cuadro al Estado no resuelve el problema de la vida, ni mucho menos significa una consagración. Debemos alentar las exposiciones individuales en cuanto representen algo más de lo que ahora son en una confusión de valores positivos é impaciencias prematuras; procurar, además, que las regiones se manifiesten en sí mismas en estos Certámenes artísticos, que ya empiezan á menudear para beneficio de los artistas provincianos capaces de constituir el índice estético de una raza. Valencianos, catalanes, vascos, asturianos, andaluces, gallegos, todos tenemos diversos núcleos de pintores que pueden constituir conjuntos expresivos y definidores. ¿No te parece, rapaz? ¡Rapaz! ¿Me oyes?

El mozo separa con pena sus ojos del mar, que ha vuelto á embrujarles, recobrando el espíritu del artista.

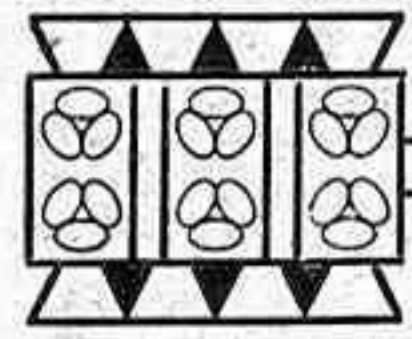
EL P. M.—Sí, le oigo, maestro. Pero había olvidado ya todo cuanto no fuera este bienestar dulce de campo, de horizontes y de rumores fecundos, á los que me he restituido. Nada me importa ya las Exposiciones y sus obligadas consecuencias. Es el libre espectáculo de la Naturaleza lo que importa. Y con él, la amistad sabia, experta y noble de un maestro como usted.

EL P. V.—Y el amor de la moza que en la noche de San Juan, mientras tú languidecías en Madrid, saltaba las fogaratas legendarias, sin que las llamas rozaran sus pies ágiles, lo cual fué buen augurio para vuestra boda.

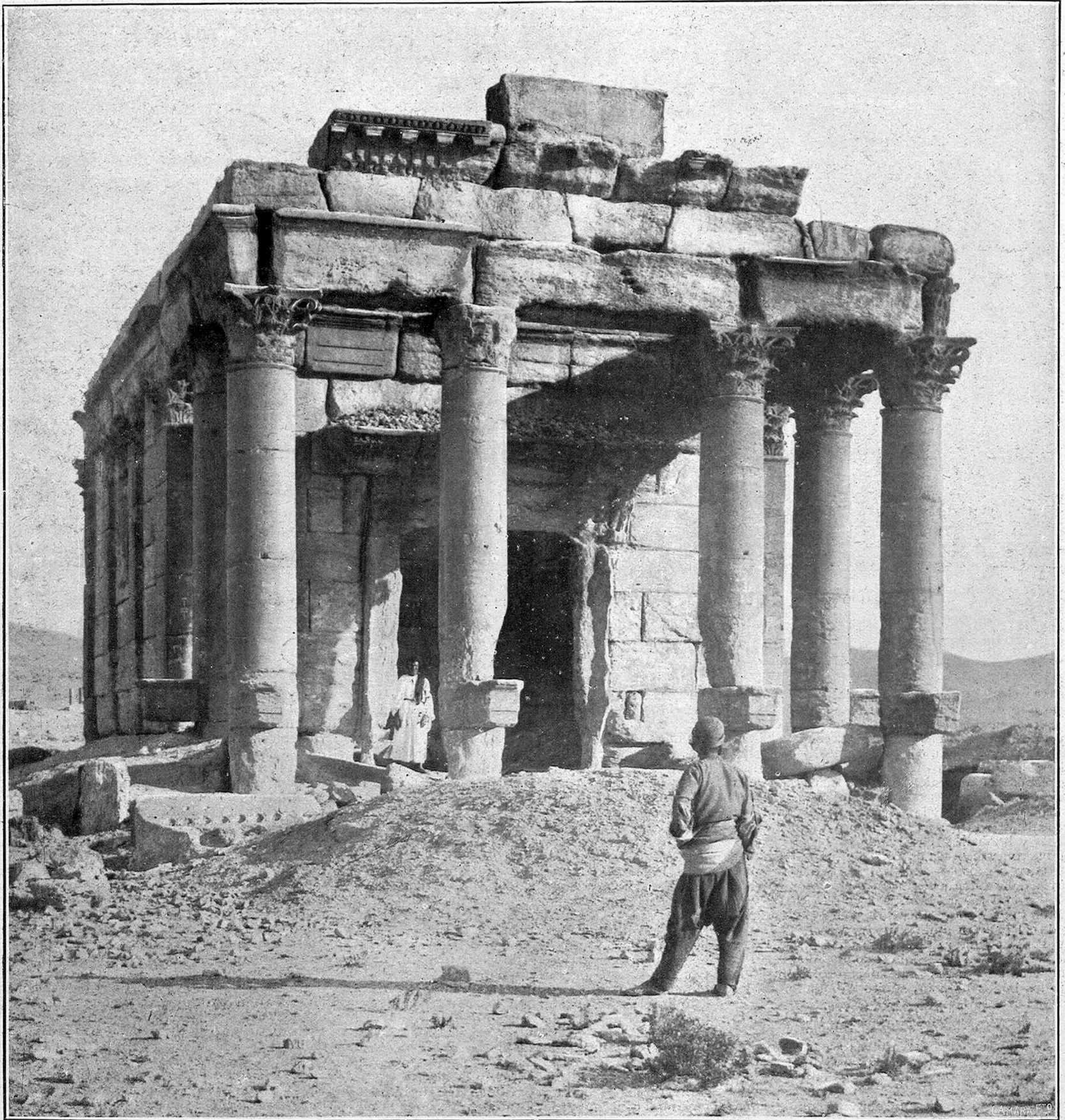
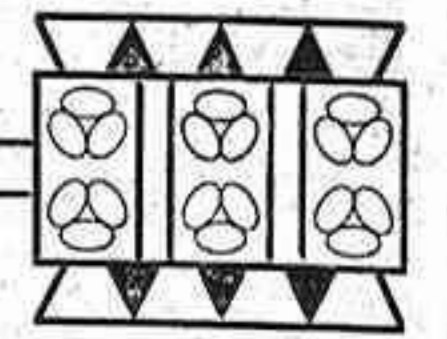
EL P. M.—¡Santa trinidad que preside en las vidas felices: el arte, el amor y la amistad! Todo lo que contra ellas avance, debemos rechazarlo y despreciarlo.

Palidece el cielo. Adquiere nacarinas transparencias el mar. A contra luz de los vesperales cobres incendiados tornan algunas embarcaciones pesqueras. Se obscurece la tierra y un venticillo frescachón hace temblar las ramas altas y frágiles de los pinos...

José FRANCES



Tragedia moderna en teatro antiguo



Es Palmira, "reina de Oriente": la que yergue sobre el osario de sus mármoles una diadema que aún le tejen, orgullosas, las columnas del templo del Sol

No hay, entre los caminos del mundo, senda venerable como ésta por la cual van, sobre el polvo de los siglos, las huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, Palibethra y de Kapurtala, marchando á la sombra de la bandera británica... Hijos y nietos de aquellos irreducibles «xatriyas» que, hasta la última gota de su sangre, lucharon contra la opresión inglesa, he-los trocados, por mengua ó por merced del destino — ¡quién lo sabe! —, en servidores fieles del

Imperio, para el cual, al precio de sus vidas, conquistan el Asia Menor; y asientan sobre ella, con firmeza de cosa durable, un eslabón de acero que, de hoy más, hará fuerte y una la cadena del señorío anglo-sajón, al través de Europa, de Asia y de Africa...

Y así, para este señorío, la jornada del máximo futuro esplendor se decide sobre el que fué solar de los máximos pasados esplendores...

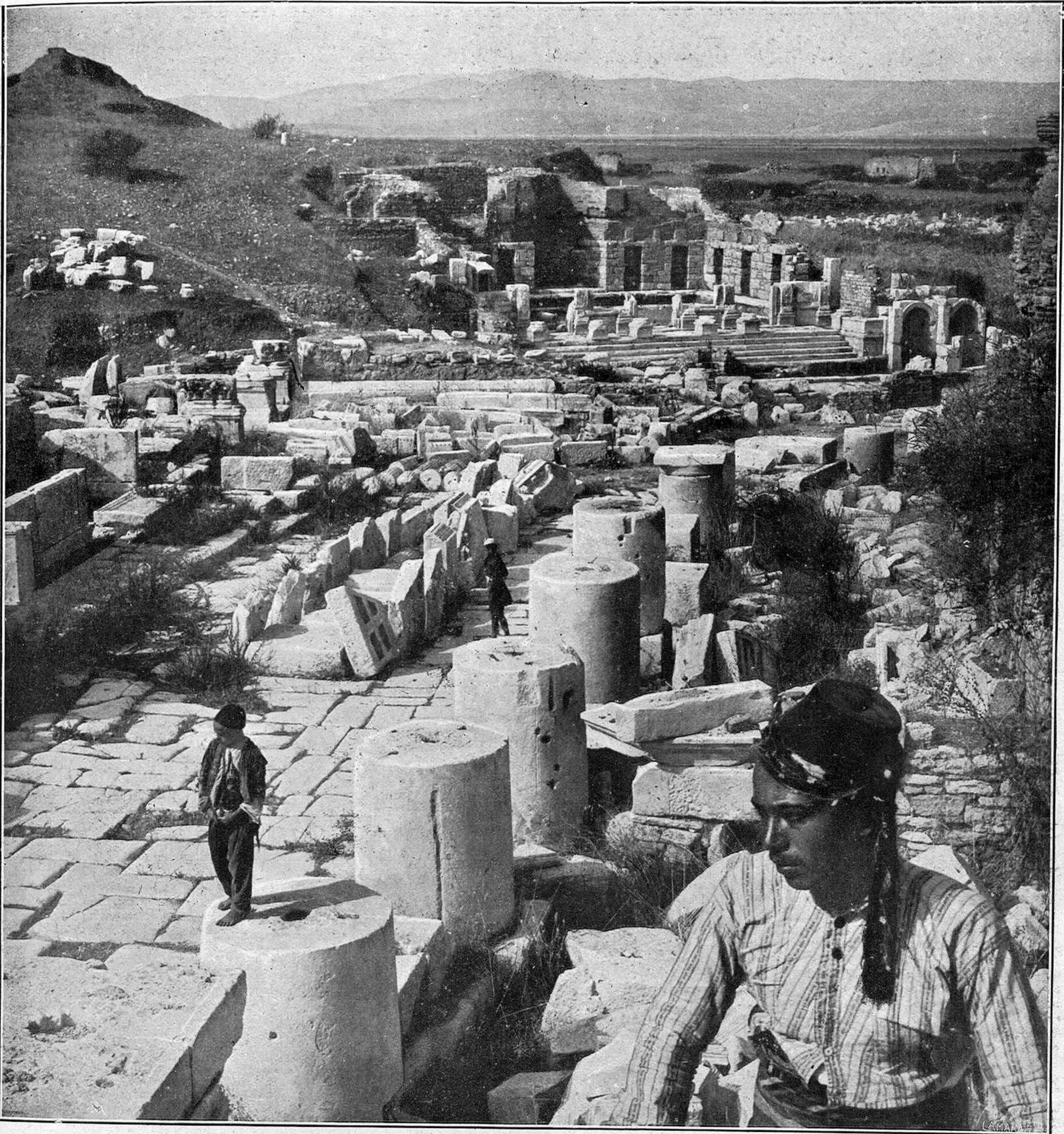
Palestina... Judea... Mesopotamia...

No hay un palmo de tierra que no guarde, en el surco trazado por la Historia, la fecunda semilla del recuerdo...

No hay un oasis cuya sombra no se pueble con los fantasmas de aquellos inmortales muertos que «nos mandan»...

No hay una piedra que en su relieve no diga, cincelado, el poema de la evocación...

Y entre las ruinas, y en el silencio de los de-



Es Efeso, la divina: santuario de Diana Artemisa, profanado por la demencia de Eróstrato

siertos, y bajo el oro y el azul del cielo, el paisaje es nave augusta de un inmenso templo que induce á piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...

ooo

Es Babilonia, sepulcro de las razas y las civilizaciones...

Es Palmira, «reina de Oriente»: la que yergue sobre el osario de sus mármoles una diadema que aún le tejen, orgullosas, las columnas del templo del Sol...

Es Bagdad, la amada de los Califas: la sultana enjorada con las gemas de Ctesiphon, la venerable y la muerta...

Es Pérgamo, la sabia, que aún muestra los sillares entre los cuales albergó aquella Biblioteca de los doscientos mil pergaminos, que un

tiempo obscureció el docto resplandor de Alejandría...

Es Mileto, la solitaria, ensoñada en lo remoto de su grandeza...

Es Efeso, la divina: santuario de Diana Artemisa, profanado por la demencia de Eróstrato...

Es, en fin, Jerusalén, la enigmática, la sombría...

.....
Palestina, Judea, Mesopotamia...

No hay un palmo de tierra que no guarde, en el surco trazado por la Historia, la fecunda semilla del recuerdo...

ooo

Y cuando sean pasados los siglos del mañana, como lo fueron los siglos del ayer; cuando

el drama que vivimos, y en cuyo fuego ardemos, no sea, en los confines de la edad, sino estelar y frío reflejo, entonces las legiones asiáticas, al invadir á Europa en las jornadas de la enésima guerra de los hombres, meditarán sobre las ruinas de París, de Berlín y de Londres, como ahora, en los altos de sus marchas victoriosas, han de meditar junto á las ruinas de Babilonia, de Pérgamo y de Palmira, esas huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, de Palibethra y de Kapurtala, marchando á la sombra de la bandera británica sobre los campos de Asia Menor, bajo la nave augusta de un inmenso templo que induce á piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...

ANTONIO G. DE LINARES

Paris, 1917.



FLORES DEL CAMPO

FRIVOLINA VIAJA

FRVOLINA se dispone á partir. Abandona la corte, pero la corte no la abandona á ella. Cambia de escenario nada más. Hay algo en Frivolina tan personal, tan íntimo, que no es fácil hallarlo en parte alguna. Es un no sé qué alado y sutil, distinguido y gracioso, inconfundible. —Sed discretas—os dice Frivolina—. Lo rebuscado y ampuloso es de gentes vulgares. La *toilette* femenina nunca debe ser escandalosa, porque el éxito no está en perfumarse mucho, sino en perfumarse bien. Las creaciones «FLORES DEL CAMPO» son mis mejores camaristas. Ellas por sí so-

las se encargan de mantener siempre frescas mis mejillas, siempre animados mis ojos. A mis criados dejo la tarea de encerrar mis vestidos, sin preocuparme demasiado de esto; pero á nadie cedo mi estuche confidente. El va á todas partes conmigo, al alcance de mi mano; sin él, mi seguridad y mi aplomo se debilitarían, y esto merece la pena de tomarse en consideración. El contiene los secretos de belleza de la PERFUMERIA FLORALIA: un frasco de OXENTHOL, ese dentífrico, á base de oxígeno, que ha dado en tierra con los añejos productos menos eficaces ó más costosos; un pomo de SUDORAL, verda-

dero secretario íntimo de toda mujer amante de la higiene y de su persona. En el folleto que me regalaron hallé científicamente explicadas todas las ventajas de este desodorante poderoso, que ninguna dama debe olvidar en la vida. El tren va á partir. Frivolina suspende sus meditaciones, y en breve, negligentemente abandonada en los muñidos cojines del vagón, mirará el paisaje que se esfuma envuelto en los deliciosos aromas de «FLORES DEL CAMPO».

DIBUJO DE PENAGOS